

Imaginar Oriente desde Occidente - Pfoh

Tres aspectos clave en la variable relación de hegemonía que Occidente ha mantenido con Medio Oriente.

Orientalismo: Entendido a partir de Said como una forma de dominación a través de la construcción de conocimiento sobre el Otro, a partir de representaciones literarias, pero también de cartografías, ordenamientos territoriales, descripciones sobre la geografía humana, sociologías del otro, etc. Por ejemplo, el conocimiento producido por Gran Bretaña y Francia entre los s. XVIII -XIX estuvo muy marcado por una representación unilateral y estereotipada de lo que constituye lo oriental.

→ principal reclamo que Occidente realizó sobre la región de Medio Oriente: su expresión simbólica. Medio Oriente, no obstante su construcción orientalista como un territorio bárbaro, atrasado, esencialmente “estancado” y con sociedades a tono con esta caracterización, fue imaginado y representado por Occidente como el lugar de nacimiento de sus tradiciones constituyentes, en particular, el escenario de las narrativas bíblicas (rechazo y atracción a la vez). A partir del siglo XIX, la región también instó a millares de personas a recorrer el camino alguna vez transitado por las figuras bíblicas, a explorar las ruinas de ese mundo desaparecido y a reclamarlas como patrimonio cultural occidental que necesitaba ser trasladado a los museos metropolitanos de Londres, París y Berlín para su conservación y cuidado ante la aparente desidia de las poblaciones nativas frente a aquellos restos materiales: una región de paisajes y sociedades que manifiestan atraso y generan oposición, pero que constituye una parte importante de una genealogía cultural reclamada y apropiada por Occidente en su simbolismo y su materialidad. A su vez, esta geografía bíblica imaginada fue clave para que a lo largo del s. XIX las potencias occidentales intervinieran económica, política y militarmente en la región. La geografía bíblica era un antecedente histórico de lo racionalizado.

Construcción Historiográfica: parte de la cual ha provisto a las decisiones políticas de los poderes occidentales de representaciones territoriales y explicaciones legitimadoras de la intervención económica y política. La construcción moderna del conocimiento sobre Oriente dio lugar luego de la Primera Guerra Mundial a una intervención reforzada, tanto política como intelectual, de Estados Unidos en la región de Medio Oriente, siguiendo también los lineamientos básicos de la perspectiva orientalista, pero agregando ahora las teorizaciones sobre la modernización de la sociedad. Entre 1920-1980 se desarrollaron en universidades y centros políticos norteamericanos un conjunto de “estudios de área”, cuyo interés y función no era solamente la producción de conocimientos empíricos sobre Medio Oriente sino también el desarrollo de tecnologías de saberes que facilitarían la relación, la intervención y la gestión civil y/o militar de los territorios de Medio Oriente. De acuerdo con estos principios, una sociedad “atrasada” o “subdesarrollada” debía atravesar necesariamente una serie de reformas y transformaciones para alcanzar su efectiva modernización: en primer lugar, una *modernización infraestructural*, especialmente en los medios de comunicación y transporte y en la economía; luego, una *modernización institucional y política*, tendiente al desarrollo de democracias parlamentarias liberales; y, finalmente, una *modernización de la sociedad civil*, tendiente a la secularización y a la participación política individual. De este modo se solía explicar la razón de la intervención de los poderes occidentales en Medio Oriente, más allá de intereses económicos o geopolíticos: la necesidad de que la sociedad medio-oriental se ponga al día con la modernidad occidental.

→ Con el fracaso de esta modernización, Bernard Lewis propuso que la razón de fondo pareciera estar en la propia “cultura medio - oriental” que, a pesar de su conocimiento de la tecnología de occidente, no supo o fue incapaz de transformar a su sociedad de la misma forma que la europea lo hizo. Expone una incapacidad cultural trascendente en las sociedades orientales de emular los desarrollos occidentales. *Culturalismo negativo*: propio de un etnocentrismo que cosifica y esencializa el dato de la alteridad, no

reconoce la diferencia cultural como válida en sí misma sino como un defecto que, en términos operativamente políticos, debe ser corregido hacia expresiones apropiadamente occidentales.

Geopolítica: apoyado en parte en los dos factores anteriores, pero también sostenido por la articulación de redes de influencia y alianza internacional, como políticas tendientes a establecer y/o mantener una hegemonía occidental en la región. A lo largo del siglo XVIII y XIX las potencias occidentales intervinieron económicamente y luego invadieron varias zonas de oriente medio. Esta intervención directa permite el control de los recursos pero también habilitaba el acceso a puntos geopolíticos importantes. A su vez, a partir de finales del s. XX, esta parte del mundo sirvió como geografía de referencia para la visión orientalista de Occidente en donde se gesta y reside el terrorismo transnacional. En efecto, la vinculación de Medio Oriente con una “geografía del terror” ayudó a configurar nuevos modos de intervención occidental en los países de la región.

→ Medio Oriente como *espacio imaginado* fue articulado a partir de concepciones eurocéntricas ya que sus límites varían en el tiempo de acuerdo con intereses primero europeos y luego norteamericanos. Sus componentes culturales y sus características se manifiestan siempre definidos y representados desde el exterior de la región, sujetos a una visión aún preconcebida de “lo oriental” que fue ajustada a variables semánticas espaciales, culturales o políticas. Dichas variables nunca incluyen de manera justa las propias visiones nativas. Un análisis geopolítico no puede ignorar esto al evaluar las instancias de hegemonía y dominación externa en la región, así como tampoco procesos históricos. Tampoco se debería pretender que los actores locales adopten modos occidentales de resistencia y rebelión o de aspiraciones políticas análogas. Esto permitirá que se reconsidere estereotipos y se comprenda mejor las diversas culturas políticas propias de la región y en interacción con los poderes occidentales.

Conclusión: La descripción inicial de Medio Oriente, propia del orientalismo y parcialmente retomada por la historiografía occidental sobre la región, sirvió a intereses imperiales a la vez que reforzó la autopercepción occidental a través de la construcción de opuestos binarios (Occidente versus Oriente, democracia versus despotismo, ciencia versus magia, progreso versus estancamiento, etc.). El orden geopolítico establecido luego de la Primera Guerra Mundial significó el despliegue efectivo de la hegemonía occidental en la región hasta el inicio de la Guerra Fría, cuando los nuevos regímenes políticos de Medio Oriente proclamaron una independencia nominal de los viejos amos imperiales, que sin embargo nunca pudo ser completa. Más allá de los vaivenes en el orden geopolítico de la región, la visión orientalista no ha desaparecido en Occidente, tanto en el ámbito de los decisores políticos como en el imaginario popular, exponiéndose así su problemática vigencia como representación y herramienta de dominación.

Cap. 1: El antiguo Oriente como problema histórico, Liverani

La imagen mítica: en la memoria europea siempre hubo una cierta “memoria” del panorama histórico del antiguo Oriente, pero nos ha llegado por unos canales que le han conferido un carácter en cierto modo mítico, es decir, absoluto y preconcebido, en vez de histórico y documentado. El primer canal es el Antiguo Testamento. Este conjunto de escritos está vinculado a la difusión de religiones que surgieron en el antiguo Oriente, pero han traspasado sus límites, tanto espaciales como cronológicos. Esto ha permitido la supervivencia de las literaturas orientales antiguas pero también les ha atribuido una autoridad y un carisma de verdad (libros sagrados, revelación divina). Incluso las primeras excavaciones arqueológicas sobre el antiguo Oriente fueron un intento para recuperar datos e imágenes del llamado “ambiente histórico” del Antiguo Testamento. El otro canal de supervivencia de datos e imágenes sobre el antiguo Oriente son los autores clásicos. A partir de Herodoto se afianzó una imagen y un uso de oriente como lugar geométrico de los elementos de polaridad con respecto a occidente. Así, se consolidaron los mitos del

despotismo oriental (opuesto a la democracia occidental), el inmovilismo tecnológico y cultural (opuesto al continuo progreso de las sociedades occidentales), y la sabiduría oculta y mágica (opuesta a la ciencia laica y racional).

→ otros mitos han ocupado el lugar de los antiguos: el mito de los orígenes, que consiste en er al antiguo Oriente como “cuna” de la civilización, lugar en el que por primera vez se pusieron a punto los medios tecnológicos y las formas organizativas de esa cultura que ha llegado hasta nosotros. Esto constituye una visión eurocéntrica, ya que luego de esta fase le seguirán el modelo griego, romano, la europa medieval y la Europa medieval moderna. Este eje tiende a dar un sentido unitario y acabado al desarrollo histórico en su progresión hacia nosotros, por otro, implica la marginación de otras experiencias históricas, que se quedan afuera y se consideran irrelevantes. No se puede plantear una “monogénesis” de la alta cultura y quitar importancia a los continuos cambios que se producen en las instituciones, las tecnologías y las ideologías al cambiar su contexto histórico. Los fenómenos históricos no se originan de una vez por todas, sino que siempre se están adaptando a la estructura de la sociedad que lo producen. El eslabón del Antiguo Oriente no es el “originario” ya que estuvo precedido de otras fases pre y protohistóricas.

Tendencias historiográficas: la historiografía moderna sobre el antiguo Oriente ha destacado ya las motivaciones de carácter mítico y está claramente enfocada a una normalización de esta fase histórica, analizada y valorada del mismo modo que las otras fases y los otros ámbitos culturales. Esto implica el abandono de simplificaciones fáciles, ampliando la perspectiva para poder reconstruir globalmente la historia de estas sociedades. Todo ello está condicionado de forma positiva y negativa por dos factores: uno de ausencia y otro de presencia. *La ausencia es la de una historiografía antigua que proporciones el rastro, el hilo conductor para nuestra reconstrucción.* Esta ausencia obliga a seguir un rastro con criterio responsable, en vez de acomodarse perezosamente a un guión. *En cuanto al aspecto de presencia, la historia del antiguo Oriente se reconstruye en base a documentación de carácter administrativo.*

→ la falta de un rastro historiográfico antiguo, el estado todavía fluido de la edición documental, y los rápidos pero aún recientes progresos hacen que la historia del antiguo Oriente sea una materia joven, bastante libre de condicionamientos tradicionales y abierta a nuevos campos de conocimiento. Oriente Próximo es un campo historiográfico “fronterizo”, una situación muy propicia para experimentos de todo tipo. La complejidad documental y la complementariedad de los datos arqueológicos y textuales inducen a una reconstrucción global (de la cultura material a la ideología) que desde hace tiempo debería caracterizar la obra de los historiadores pero rara vez sucede así. La historia del antiguo Oriente es un laboratorio privilegiado porque, al estar situado en el umbral de la historia, tiene que ver con fenómenos que precisamente entonces estaban alcanzando complejidad, pero que permanecen lo bastante alejados de nosotros como para evitar que unos lazos culturales o emocionales nos impiden hacernos una idea cabal del verdadero funcionamiento de los distintos factores.

Unidad y variedad, núcleo y periferia: la delimitación del tiempo y el espacio en el antiguo Oriente es un problema, se debe tener una visión más amplia. El área del Oriente Próximo no es compacta en su interior. Toda la región se mantiene unida por unos lazos culturales, políticos y comerciales muy fuertes, pero cada zona mantiene siempre unos rasgos originales muy marcados. Así, en el interior de la región se reproduce en términos más circunscritos esa polaridad entre compacidad y diversidad, núcleo y periferia, peculiaridad e interconexión que hemos visto en el amplio horizonte.

Además de la complejidad en el tiempo y el espacio, tenemos las complicaciones y variables internas de medio social, de recursos económicos y técnicos, de participación política. Algunas de estas variables, configuran una serie de puntos nodales muy próximos entre sí, pero que siempre se pueden situar en el espacio -un espacio en el que, pese a la baja densidad de población, coexisten a distancias mínimas modos de vida y equipamientos materiales muy distintos. Pero también hay una red de «fronteras invisibles» (que

no se pueden trazar en un papel, porque atraviesan y separan lugares culturales, más que geográficos), que es el resultado de la coexistencia, la interacción y el conflicto entre distintas ideologías. Por último también hay una serie de «fronteras documentales», que hacen que ciertos fenómenos emerjan más y mejor que otros, además de resaltar y distorsionar partes de la imagen que tenemos del antiguo Oriente, y condenar al olvido a sectores enteros. Un mundo que fue sobre todo de aldeas y economía agropastoral aparece ante nosotros más bien como un mundo de ciudades, palacios y artesanía artística; un mundo que fue analfabeto en un 90 por 100 es conocido por sus escritos y sus literaturas; un mundo que se debatió en la penuria endémica se nos presenta más bien como un paraíso de «civilización», entendida en un sentido abstracto. La historiografía moderna tiene la importante tarea de equilibrar las imágenes, dotando a la reconstrucción histórica de ciertas dosis de realismo, por lo menos cuantitativo, además de hacer una valoración cualitativa del conjunto para darle un sentido y hacerlo comprensible.

El problema cronológico: dos tipos de dataciones: datación arqueológica y datación histórica.

→ Datación arqueológica: para los períodos pre y protohistóricos, tiende a reconstruir la ubicación cronológica de los hallazgos antiguos unos con respecto a otros, y con respecto al presente. (C14, Dendrocronología)

→ Datación histórica: para las fases históricas, es de carácter cultural y tiende a reconstruir los antiguos sistemas de datación (como documentos jurídicos y administrativos) y las antiguas secuencias cronológicas, para relacionarlos después con nuestro sistema y nuestra secuencia, de modo que sean accesibles. Recurre a las “Eras”, secuencias temporales con un año inicial conocido (a.C - d.C, etc.).

En el antiguo oriente las eras eran bastantes cortas y solían referirse a la coronación de un monarca reinante en ese momento, por lo que variaba de ciudades a otras. Por eso, para poder utilizar la datación que encontramos en los textos antiguos, debemos reconstruir la complicada red de secuencias dinásticas de cada reino.

→ **problema:** las listas nos han llegado incompletas, fragmentarias y con errores, que se advierte al comparar varias listas o varios manuscritos de la misma lista. También contienen deformaciones tendenciosas: exclusión, por motivos políticos, de ciertos reyes o dinastías, colocación en secuencia mecánica de dinastías que en realidad fueron contemporáneas e inclusión de materiales míticos y legendarios (en las partes iniciales de la lista real sumeria, y también en la asiria).

Cap. 2: Los caracteres originales, Liverani

Realidad ecológica y mapas mentales: el área de Oriente Próximo se caracteriza por su variedad, acentuada por el relieve y los tipos de suelo. Por eso se suele hablar del “Creciente Fértil”: un semicírculo de tierras fértiles, de regadío adecuadas para el asentamiento agrícola y urbano. La discontinuidad ambiental es un rasgo estructural de oriente próximo, y un dato importante desde el punto de vista histórico, porque supone que regiones con recursos y vocaciones distintas están entremezcladas y en estrecho contacto. Para comprender esta red de relaciones se utilizan los conceptos de punto nodal, frontera y nicho.

→ Punto Nodal: es la soldadura entre dos zonas distintas. Por este lugar pasan productos, hombres y tecnologías, para ambos lados. A veces los fenómenos facilitados por el punto nodal provocan un desplazamiento físico de los núcleos humanos. Pero más a menudo los grupos humanos sacan provecho a su ubicación junto al punto nodal mediante un acceso privilegiado a recursos variados y complementarios. El hecho de que los puntos nodales son múltiples y cercanos unos a otros mantiene el dinamismo cultural en toda la región.

→ **Frontera**: no se puede marcar en el espacio. Tiene caracteres más histórico-culturales que ecológicos, más de imagen que de realidad. La zona fronteriza es la marginal y terminal de un núcleo central determinado, al otro lado de la cual (según los miembros interiores) está la nada, el vacío o lo radicalmente distinto. (y por lo general inferior), el territorio idóneo para la explotación de materias primas mediante el intercambio desigual, hasta llegar a la conquista.

Punto Nodal	Frontera
Biunivoco	De una dirección, es un punto de vista
Estable	Móvil, propulsado hacia adelante si el núcleo central es fuerte, pero también puede colapsar si las fuerzas "caóticas" exteriores hacen que prevalezca su poder sobre la estabilidad del país central.

Dentro del país central existen incluso fronteras invisibles, que no se pueden trazar en un mapa, se encuentran en la diversidad cultural: fronteras lingüísticas o religiosas, modos de producción o de vida, ideologías, etc.

→ **Nicho Ecológico**: (y cultural) es opuesto. Subraya el valor de ciertas zonas compactas y coherentes delimitadas por puntos nodales más o menos próximos, y protegidas del medio que la rodea, de tal forma que desarrollan al máximo sus posibilidades productivas y organizativas.

Los propios protagonistas antiguos de la historia propusieron y aplicaron simplificaciones ideológicas de la complejidad real, creando imágenes o representaciones del mundo. El **núcleo**, el espacio central, está más habitado y civilizado, y su centro ideal es la ciudad (que a su vez gira en torno al templo o al palacio real), rodeada por una llanura de regadío salpicada de aldeas agrícolas. La **periferia** es la franja que rodea esa llanura, de estepa o montaña, con una población más desperdigada e inestable de pastores, fugitivos, bandidos, que poco a poco se difumina hacia el vacío humano de zonas que solo son útiles como reserva de materias primas. Estos **mapas mentales** se pueden encontrar fácilmente en los textos antiguos, como la imagen del mundo en forma de embudo de Gudea que sitúa en el centro del mundo a su ciudad de Lagash, y en su centro al templo de Ningirsu. Esta simplificación de la realidad es positiva para el punto de vista centralista, pero no para el periférico. Por eso, a la hora de analizar fuentes, es importante tener en cuenta que muchas veces presentan una imagen deformada de la realidad.

El poblamiento: la variedad de paisajes que caracteriza a Oriente Próximo se traduce en un **poblamiento humano de acentuada discontinuidad espacial**. La población se concentra en las llanuras aluviales y en los nichos entre montañas más favorecidos, ocupa importantes zonas de cerros y mesetas, y se aparta de la montaña boscosa y de la estepa árida, donde suele haber una ocupación estacional, móvil, poco importante en número. A la discontinuidad espacial se suma una discontinuidad diacrónica del desarrollo demográfico, no menos llamativa. La historia de cada asentamiento es una sucesión de fases de construcción y destrucción, de ocupación y abandono. Al dato de una población poco densa y discontinua se suma el de una **vida corta**, y también el de una vida precaria, marcada por la desnutrición y las enfermedades endémicas. En el antiguo Oriente el hombre vive poco tiempo, vive mal, hambriento y enfermo, y por ello trabaja con unos ritmos y rendimientos que hoy nos parecen irrisorios, pero que son el reflejo de la mala nutrición y la salud precaria. Si pensamos en las realizaciones de estas poblaciones y las relacionamos con sus condiciones de vida, lo asombroso no son las crisis periódicas, sino la posibilidad misma de lograr semejantes resultados. La visión que tenemos del antiguo Oriente (las ciudades, los

templos, las obras de arte y el desarrollo técnico) es el fruto de una tenaz lucha por la supervivencia, y del fuerte control físico e ideológico que ejercieron sobre la población unas organizaciones socio políticas capaces de movilizar el trabajo forzoso y los grandes recursos.

El desarrollo tecnológico: existe la idea de que Oriente Próximo es el lugar donde por primera vez se formularon y se pusieron en práctica las tecnologías básicas de la mayor parte de los sectores de la cultura antigua. Convierte a esta región en la “cuna” de la civilización, el lugar de nacimiento de todos los hechos culturales que han llegado hasta nosotros y constituyen nuestra propia cultura. Hay mucha mitificación: el mito del estancamiento oriental sirve, en último término, para crear el mito del «milagro griego» con el que se inició el dinamismo cultural típico de Occidente; y el mito de la «cuna de la civilización» recalca nuestro papel de punto de llegada, de vanguardia del progreso mundial. Asignan al antiguo Oriente un papel creador e impulsor del progreso humano, pero confinado a una edad remota y seguido de una especie de esclerosis e insistencia en realizaciones que, mientras tanto, debido al lastre del despotismo y la visión mágica, se habían vuelto ineficaces, incapaces de servir de base a un progreso posterior.

En líneas generales hay tres grandes fases innovadoras. La primera es muy prolongada: es la fase de la «*revolución neolítica*», con la aparición de las técnicas básicas de la producción de alimento (agricultura y ganadería), con su correspondiente utillaje (instrumentos, recipientes, etc.) y ambiente residencial (casas, poblados). La segunda fase es la *revolución urbana*, en los albores de la Edad del Bronce, con la aparición de las técnicas de control y registro (que culminan en la escritura), las técnicas especializadas (artesanos de plena dedicación) y la reproducción en serie, y la ampliación del horizonte residencial (ciudades) y el marco político de control (estado ciudadano). La tercera fase está a caballo entre la Edad del Bronce Tardía y la Primera Edad del Hierro. Durante esta fase se difunden innovaciones como el *alfabeto* o la *metalurgia del hierro*, que tienen un carácter en cierto modo «democratizador» si se comparan con la centralización del palacio y el templo, propia de la fase anterior. También acentúa la intervención de los ámbitos sociales y geográficos marginales frente al centralismo urbano. Pero entre las fases innovadoras no hay estancamiento, y los giros innovadores nunca son repentinos, sino que se preparan de forma lenta y trabajosa. No hay una tecnología unitaria del antiguo Oriente, sino más bien una variedad regional, una penetración y disponibilidad diferenciadas con arreglo a las franjas socioeconómicas, y sobre todo hay una variabilidad diacrónica. Pese a las crisis y a las caídas en picado que tienen lugar en varios lugares y periodos, la tendencia de fondo es la puesta a punto de técnicas cada vez más adecuadas para dominar el medio circunstante, y a sacar provecho de los escasos recursos disponibles.

El modo de producción: Los modos de producción que prevalecen en el antiguo Oriente son el “palatino” y el «doméstico». El primero es resultado de la revolución urbana, y se caracteriza por la concentración de los medios de producción en manos de las llamadas “*grandes organizaciones*” del palacio y el templo; por la condición servil de los productores ante los detentadores del poder político-administrativo (núcleo dirigente del palacio y el templo); por la fuerte y orgánica especialización en el trabajo; por un flujo centrípeto y redistributivo de los bienes y la consiguiente disposición jerarquizada de los sectores productivos. En cambio, el modo «doméstico» es un residuo de la situación de tipo neolítico, y se caracteriza por la coincidencia de fuerzas productivas y poseedores de medios de producción; por una red de intercambios multidireccional y recíproca; por la falta de especialización a tiempo completo; y por unas unidades productivas y sectores productivos paritarios. Los dos modos se sitúan en una clara relación de hegemonía/subordinación, ya que el modo palatino no podría subsistir sin recurrir al modo doméstico preexistente, que es radicalmente sometido y reestructurado (por las nuevas relaciones con el modo hegemónico) con respecto a la formación en la que estaba solo y era autónomo. La definición de estos dos modos prevalecientes, y del carácter hegemónico del primero (con el consiguiente aspecto “tributario” de la formación económica resultante), no elimina el problema de la evolución diacrónica de la formación

económica, ni el de la existencia de otros modos de producción (más marginales). Nos limitaremos a resaltar que los modos de producción palatino y doméstico evolucionan por recíproca interferencia.

Las expresiones ideológicas: la literatura antigua que nos ha llegado no es histórica. Los autores no pretendían hacer una reconstrucción fiable de los acontecimientos pasados, y para nosotros, desde luego, no contiene una reconstrucción que se pueda utilizar directamente. En el antiguo Oriente no existe el auténtico género historiográfico, entendido como un fin en sí mismo. Las inscripciones reales y los anales son textos de carácter político y celebrativo, son esencialmente propaganda. Cada cultura tiene su sentido de la historia, y cada texto utiliza los elementos de esa visión del mundo. Pero precisamente estos dos aspectos -fines políticos precisos, peculiar concepción del mundo- se suelen obviar al leer las historias antiguas como materiales susceptibles de ser utilizados directamente. Se trata de afirmaciones propagandísticas, que reflejan una concepción de la realeza, no unas técnicas agropecuarias. Lo que no se puede usar como una mina de informaciones sobre hechos es una mina todavía más valiosa de informaciones sobre las ideologías políticas (y no sólo políticas) de sus autores y de su contexto cultural. Se trata, en esencia, de una documentación referente no a los hechos, sino a las ideologías. El *problema de la legitimación* acompaña al ejercicio del poder durante toda su vigencia, pero se intensifica en el momento inicial, adquisitivo. Y es un problema que afecta a todos los gobernantes, pero sobre todo a los usurpadores, y en general a los momentos de recambio que no pueden contar con la inercia de la tradición. Típicamente, el problema de la legitimación es crucial en las apologías de los usurpadores. Saca a relucir toda clase de justificaciones pero por contraste revela también cuál es la forma normal y tradicional de acceder al poder. Si el procedimiento normal (por citar el caso más corriente) consiste en heredar el reino del padre, el usurpador tratará de fabricar una historia de legitimidad desheredada y luego recuperada. La convalidación o la elección divina siempre están destinadas a convencer a los destinatarios de la propaganda apologética. Pero la legitimación definitiva vendrá a posteriori, con el propio ejercicio del poder: si el rey es verdaderamente capaz de gobernar, se demuestra que estaba capacitado para ello, y por lo tanto que su coronación era legítima. Si no, ¿por qué la avalaron los dioses con el éxito y la prosperidad?. El propósito de celebración está relacionado con el de legitimación, precisamente porque está legitimado para gobernar quien es capaz de hacerlo, mientras que un intruso será incapaz de desempeñar esa tarea. Un gobernante que ya se haya ganado la legitimidad tiene que demostrar luego, continuamente, que su reinado es próspero y victorioso, y lo es en el grado máximo. La actividad militar debe ser victoriosa, la actividad comercial debe subrayar el valor y la cantidad de las importaciones, etc. A menudo, la celebración toma la forma de una contraposición, tanto espacial como temporal. En sentido espacial, tenemos la concentración de todas las cualidades positivas en el centro del mundo y el rechazo de todas las negativas a la periferia, una oposición entre cosmos y caos, entre civilización y barbarie, entre vida y muerte. La base del carácter positivo del centro es su conexión con el mundo divino, garantizada por los buenos oficios del soberano reinante; mientras que los pueblos vecinos, sin dioses y absurdamente reacios a ser conquistados y ordenados por el único poder legítimo, están condenados a la función de proveedores de materias primas y trabajo servil. Todo este aparato celebrativo va dirigido al público interior del país, que de hecho desconoce prácticamente cuanto sucede en las regiones lejanas y no puede hacer comparaciones objetivas, al estar monopolizada toda la información por los detentadores del poder. Pero cuando, por necesidades de comercio o diplomacia, hay que encararse con otros centros de poder, el lenguaje tiene que ser completamente distinto, de carácter recíproco, no ya centralizado. Entonces se emplea el lenguaje de la fraternidad, de la igualdad, del reconocimiento mutuo de los intereses y las esferas de control. El razonamiento político, por su propia naturaleza, es parcial, tendencioso, menciona y calla, connota positiva o negativamente los distintos materiales históricos. Pero también es parcial en el sentido de representar siempre, y sólo, el punto de vista de una parte, la del detentador del poder, y jamás el de sus

adversarios o sus subordinados, el del vencedor y nunca el del vencido. La «**visión de los vencidos**», las estrategias políticas perdedoras, las ideologías socialmente marginales, no consiguen expresarse a través de ningún canal. Por consiguiente, lo más seguro para recuperar las ideologías perdedoras o subalternas es la lectura «al revés» de la propaganda oficial.

¿de qué manera llegaba la propaganda política a su público? El mensaje político en su forma escrita sólo resulta accesible para el círculo de los escribas, los administradores y los cortesanos, y va dirigido a la propia clase dirigente (como las listas reales). Para un círculo más amplio, como los residentes de la ciudad, hay otras formas de transmisión del mensaje, a través de iconografía, difusión oral o celebración ceremonial. Esta propaganda política buscaba mantener unida a la comunidad social y política, proporcionando seguridad y solidez.

La construcción cultural del tiempo, Assman

El Cronotopo Egipcio: espacio de temporalidad propia, en el que el tiempo parece transcurrir según leyes propias y en algún orden especial. Cronotopo: configuración literaria de esos espacios de temporalidad propia. De todas las formaciones y construcciones de sentido, la construcción cultural del tiempo es la más básica y extensa. Solo en el marco del tiempo cultural se muestra la específica forma cultural de una historia.

Tiempo lineal y tiempo cíclico: el tiempo cultural es construido por cada sociedad y en cada época de una forma particular. A su vez, este tiempo cultural se distingue entre recuerdo y renovación, o, en otras palabras, entre tiempo lineal y tiempo cíclico.

→ Tiempo cíclico: pensamiento mítico, retorno de modelos no creados. Sociedades frías, no viven sencillamente fuera de la historia, sino que mantienen la historia fuera. La forma típica que tienen las culturas antiguas de producir frío y enfriar el cambio es el tratamiento ritual del tiempo como ciclo. Los ritos hacen ciclo al tiempo al evitar las anomalías mediante la observación escrupulosa de preceptos y al velar para que cada celebración concuerde con las precedentes. La producción del tiempo cíclico sirve en primer término para hacer concordar el orden humano con el orden cósmico. Las sociedades frías se orientan a modelos del orden cósmico.

→ Tiempo lineal: pensamiento histórico, construye el tiempo como una línea con una dirección, en el que los acontecimientos son experimentados como ruptura, innovación y cambio. Sociedades calientes: se caracterizan por una necesidad incontenible de transformación, y porque han interiorizado su historia para hacerla motor de su evolución. La forma típica de producir calor es el tratamiento lineal del tiempo mediante la historiografía, el recuerdo del devenir y del cambio históricos, así como la planificación del futuro. La producción de tiempo lineal sirve a la consolidación del dominio y de la identidad sociopolítica. Ello se acompaña de la estatalización y la escritura.

En lugar de preguntar si una cultura tiene un concepto lineal o cíclico del tiempo, habría más bien que preguntar por los lugares de lo lineal o lo cíclico dentro de una cultura y por las relaciones específicas de dominio de unos sobre otros. Hay “lugares de recuerdo” y “lugares de renovación”. Solo en el juego específico de calor y frío, de lo lineal y cíclico, determina la peculiaridad de un cronotopo cultural.

La historia no es solo lo que objetivamente le sucede a un grupo, a una cultura, sino también aquello que estos en el marco de sus propias metas y construcciones del sentido, por una parte persiguen obrando, y por otra, retienen recordando.

La estructura dinástica como construcción de permanencia

La doctrina de las dos eternidades: hay muchos motivos para sostener que la distinción entre tiempo cíclico y lineal es la distinción fundamental en la construcción del tiempo cultural. La “doctrina de las dos eternidades” es la más general y fundamental de las distinciones en el pensamiento del antiguo Egipto acerca del tiempo. Los egipcios distinguen un tiempo cíclico y un tiempo no-cíclico; al primero lo llaman neheh, al segundo djet. Neheh, el tiempo cíclico, es el eterno retorno de lo idéntico; es producido por el movimiento de los planetas y, en consecuencia, determinado por el sol. Este tiempo está asociado al concepto del devenir, que los egipcios representaban con la figura del escarabajo. El escarabajo es, como se sabe, el símbolo central de la salvación en el pensamiento egipcio. No es el ser, sino el devenir lo que está en el centro del pensamiento egipcio. El otro tiempo, *djet*, está asociado a los conceptos de *permanecer, perdurar, perpetuarse*. Está determinado con el signo de la tierra, siendo sus símbolos la piedra y la momia, y su dios es Osiris, el dios muerto. Djet es un espacio sagrado de permanencia, donde lo devenido, se conserva inalterable y duradero. La djet no encierra, pues, un concepto lineal del tiempo, sino más bien su contrario y su superación, aunque aquí lo contrario de la línea no es el círculo, sino el espacio. Djet no es una diacronía lineal, no se compone de una sucesión lineal de puntos de tiempo ni se articula en futuro y pasado; no es, por tanto, el lugar de la historia. La djet es en todo caso tiempo detenido; movimiento sólo lo hay en neheh.

La estructura dinástica como forma simbólica: en el sistema de neheh y djet no hay lugar para la historia. Ambos niegan, cada uno a su manera, el concepto de historia. La historia encuentra así su lugar en el espacio de lo que con estos dos conceptos es negado: en el espacio de lo irreversible y del cambio. La forma de la historia faraónica de Egipto es singular. La duración inmensa de esta cultura (alrededor de tres milenios, de 3200 a.C a 300 d.C) y el ir y volver de su movimiento dentro de ese marco temporal, en su estructura cíclica y su sucesión de épocas de florecimiento y de transición. Lo llamativo y singular de esta forma de historia, es la combinación de interrupción y continuidad, alejamiento y retorno. Los llamados “reinos” no sólo se suceden entre intervalos de decadencia, sino que miran y se refieren unos a otros. *Egipto nunca interrumpe el contacto con el pasado a través del recuerdo.* Su identificación cultural recorre milenios de antigüedad. Esto no se debe a alguna formación histórica del individuo, sino al marco de condiciones culturales universales en las que este hombre vive. Este marco de condiciones ha permitido que lo antiguo esté siempre presente en lo nuevo, permitiendo en todo momento la identificación con lo antiguo. Siempre es posible vincularse con lo antiguo. Los reyes podían copiar los monumentos del pasado o sencillamente adoptarlos y escribir en ellos sus nombres. Esto se debe a una construcción cultural basada en la permanencia. Las fuentes para la división de la historia egipcia son varias, pero algunas no se han conservado. Entre las que sí, están el Papiro Real de Turín y la lista de reyes del templo real de Abidos. Tiene una función litúrgica, pues pertenece a una escena que representa Seti I haciendo una ofrenda a los muertos ante sus antecesores. De ahí que junto a las listas aparecen también ritos de conmemoración histórica, asegurando mediante el culto la continuidad y legitimidad del reinado. Estos ritos se inscriben en el marco de una configuración cultural del tiempo y un mantenimiento de su curso conforme a ella. Normalmente, los ritos suponen una configuración cíclica del tiempo. Pero aquí, en el plano de la alta política, domina el elemento lineal. El tiempo lineal, el tiempo como duración y continuidad, es una construcción cultural, y el estado es su institucionalización.

Estado y Tiempo: La representación de la continuidad implica la ausencia de interrupciones, cambios profundos y «dark ages». Por eso, el egipcio de épocas tardías no veía las pirámides como testimonios de una edad heroica y obras de gigantes, titanes o cíclopes, sino que las incluía en su propia época, que se extendía lejos en el pasado, su pasado. Posiblemente, las listas de reyes surgieran de un interés anticuario por el pasado que empezó a despertarse en el Reino Nuevo. Estas listas serían compilaciones posteriores de anales, un género tan antiguo como el Estado mismo, y que muestra cuán estrechamente relacionados

están el Estado y el tiempo: el Estado como el garante, el generador y la institucionalización de la permanencia y la continuidad. El Estado domina el tiempo y el espacio, y la invención del calendario y el cómputo anual fue una de las primeras medidas civilizadoras. El tiempo, que de ese modo queda codificado, no tiene ninguna significación especial. Precisamente por eso debe ser registrado. En otro caso quedaría en la memoria, como los mitos. La continuidad, construida mediante los anales y las listas de reyes obtenidas de aquéllos, no tiene ninguna significación comparable a la de los mitos, ni tampoco cualidades narrativas. En Egipto no hay ninguna forma de narración histórica retrospectiva. Sólo muy raros puntos de viraje son como tales objetos de recuerdo cultural. Los egipcios tenían pocos compromisos con su pasado, a pesar de que el mismo se les manifestaba por doquier. Este es un aspecto típico de la permanencia y la continuidad construidas por el Estado. Una conciencia histórica en sentido propio y un interés por el pasado brotando de ella solo se dan cuando la continuidad es perturbada y se padecen rupturas. Sin embargo, ni el Estado ni la cultura egipcia estaban interesados en que existiera una conciencia de estas discontinuidades y pudiera admitirse la idea de un final desde el cual narrar el pasado.

Trabajo Práctico N°2: Espacio y Tiempo en el Antiguo Oriente

¿Cómo concebimos el tiempo? Assman dice que el hombre cree que transita por encima del tiempo, pero en realidad este tiempo depende de cada cultura. El historiador toma el tiempo para hacer cronologías, periodizaciones arbitrarias, que no coinciden con lo que viven las personas. Son estándares para poder estudiar los periodos.

Tiempo en Oriente: - Tiempo lineal: continuidad, con fines que responden a lo político.

- Tiempo cíclico: ritos, funcionamiento del cosmos, se vuelve a repetir (seguridad).

Lista real de Abidos: concepción del tiempo en Egipto. Los periodos en Egipto se dividen en dinastías. En los periodos intermedios, hay un poder descentralizado, no hay una cabeza. En los periodos iniciales, por el contrario, si hay un poder centralizado. La escritura jeroglífica es utilizada para temáticas religiosas y políticas.

La ciudad de Abidos se encuentra cerca del templo de Osiris y de Seti I.

En la lista están representados el faraón Seti con su hijo Ramses. Le está enseñando el oficio de la realeza. En los cartuchos se ven los nombres de coronación de cada faraón. El cartucho representa el tiempo cíclico (la vuelta al sol, cada uno de esos faraones sigue vivo), mientras que la sucesión de faraones muestra el tiempo lineal.



Seti envió a hacer el grabado para legitimarse, ya que no tiene padres que sean del poder. Cuando hay un cambio de dinastía, es porque no hay herederos. Es importante que el templo funerario esté en Abydos porque allí está el

templo de Osiris (rey de los muertos). Osiris es la concepción divina del poder real de Egipto, todos continúan siendo dioses(cartucho)

→doble legitimación: enterrarse en un lugar simbólicamente importante, mostrarle a su hijo la realeza.

Lista Real Sumeria: concepción de tiempo en mesopotamia. Cada rey hacía su adaptación, por eso hay varias. Se utilizaban en las escuelas de escribas para practicar el cuneiforme.

Presenta un relato lineal, no cíclico, debido a que la naturaleza de la región es impredecible. No es como el Nilo, sino que el Eufrates y el Tigris avanzan en cualquier momento. La concepción del tiempo parte de esa observación que el hombre hace de su medio.

La realeza descendió del cielo, forma de legitimación. Uno de los “reyes” reinó durante 43.200 años, es una realeza establecida hace mucho, incuestionable.

Vemos una sucesión del poder, este se va trasladando → esto es una ficción, ya que eran ciudades estado, no había una que gobernara a otras. Se busca crear esa conciencia de un estado unificado (no lo fue).

→ El último, Ishbi-Erra, que envió a confeccionar la lista, es un usurpador, que busca legitimarse.

Imago Mundi de Babilonia: concepción de espacio en Mesopotamia. Muestra a Babilonia en el centro del mundo. El océano (14, 15,16, 17) representa lo desconocido. Este mapa circular representa materialidad, se hace referencia a un canal. Además, se colocan dos ciudades importantes (Susa y Assyria porque son las que rivalizan con Babilonia, de ahí la importancia de colocarse en el centro. Babilonia busca mostrarse como la ciudad más importante del mundo conocida. El canal (9) representa modernización.

→ es un ejemplo de **Mapa mental** (y de la concepción de centro y periferia), porque no representa una realidad, sino que muestra la propia visión de los babilonios sobre el espacio (objetivo político: se elige qué mostrar y cómo mostrarlo)

Papiro de Turín: concepción del espacio en Egipto. Se puede ver un curso de agua seco que une el Nilo con el Mar Rojo. Mapa: hay un camino, con montañas. Estela de piedras (que la coloca el Faraón (Seti I) para marcar la presencia de la conquista de territorio) → muestra su función administrativa. Construcción de una cisterna de agua, cerca de las casas de los obreros que trabajaban en la minas.

→ representa un nicho ecológico, por la minería y también, un mapa topográfico ya que marca accidentes y características geográficos, para aquellos que vayan a trabajar y no conocen el área.

Unidad 2

Las sociedades aldeanas y el surgimiento del Estado

Mesopotamia

Origen del Estado: el caso Mesopotamia III y II milenios a.C, Di Bennardis

→abordar la problemática de la especificidad de los estados en las sociedades antiguas, en particular en la Mesopotamia de los milenios III y II a.C., sobre la base de los indicios que surgen del análisis crítico de las fuentes textuales y arqueológicas.

→ desmitificar el carácter autocrático atribuido a los estados orientales de manera explícita o sugerida, en contraposición con la democracia griega, que sería el inicio de la más importante línea de desarrollo en Europa occidental. El planteo es una postura crítica hacia el eurocentrismo, que está en la base de la negación de la existencia de experiencias estatales para el recorte espacio-temporal seleccionado.

Estado: el resultado de la consolidación de las relaciones de dominación gestadas a lo largo del desarrollo histórico en instituciones reconocidas por el conjunto social, que consolidan las formas sociales vinculares entre sus miembros a partir de la sanción de las desigualdades generadas e ideológicamente justificadas, lo que habilita la legitimidad del monopolio de la coerción, la recaudación y disponibilidad de la población (leva militar o de trabajo); en el estado antiguo la ideología es el mundo simbólico de la religión, por lo cual, la institucionalidad estatal aparece generalmente sacralizada.

- Aporte de la arqueología para la identificación de las formaciones estatales.

- Childe: intentó identificar en lo que denominó “revolución neolítica” y “revolución urbana” en primer lugar las condiciones que dieron lugar al surgimiento del excedente, en especial el cultivo de cereales, y luego, (rev. urbana) el surgimiento de la ciudad, que una lectura cuidadosa permite identificar con el

surgimiento del estado –si se quiere el **protoestado**– la forma primera y aún incompleta (al menos en el nivel de las fuentes) del estado. retengamos su énfasis en los cambios tecno económicos que promueven la producción de excedentes y la división del trabajo consecuente que sustentan en su planteos ambas revoluciones. Childe, utilizando el término revolución, plantea una ruptura, una situación cualitativamente diferente.

- El caso emblemático de aplicación de este modelo es el sitio de Uruk, en la baja Mesopotamia, ya que a través de los sucesivos estratos de poblamiento es posible visualizar el proceso de transformación social. Los períodos Uruk antiguo (3500-3200) y Uruk reciente (3200-3000), serían los que permiten visualizar la “revolución urbana” y el surgimiento del “protoestado”, que culmina con concentraciones urbanas importantes, una imponente arquitectura religiosa (en particular el área sagrada del Eanna de Uruk y el “templo blanco” dedicado al dios Anu, ya sobre terraza, antecedente del zigurat) y el inicio de la escritura, es decir, del registro contable y la administración. Las formas primarias de concentración de recursos que se sustraen a los productores, capaces de generar excedentes, para canalizarlos en trabajos de valor social simbólico: en particular la construcción del templo. El mismo es también almacén, administración central y centro de organización y redistribución. Será la “gran organización” cuando un poco más adelante el palacio se desague del templo como institución “laica”, aunque todavía no demasiado diferenciada.

La capacidad de concentración de bienes del templo y su control sobre un vasto territorio explicarían también el surgimiento de las “Colonias Uruk”, en el norte de Mesopotamia, por un lado “avanzadas culturales”, por otro, asentamiento que habría tenido como fin garantizar el acceso a materias primas raras en la zona (piedra, metal, madera).

→ la ciudad-estado, es un estado porque posee todos los atributos característicos del mismo: órganos diferenciados de gobierno (templo y palacio, el primero en un proceso subordinado al segundo); capacidad de centralización de excedentes (las ofrendas se han transformado en tributo, exigible en especie, en trabajo y en "sangre", o sea para la leva militar); sector social dominante, conformado en primer término por las casas de templos y palacios; monopolio de la coacción (directa, a partir de la relación entre el palacio y la especialización para la guerra, e ideológica, en tanto las relaciones de dominación quedan sacralizadas por el rol del gobernante como intermediario de los dioses); dominio territorial, identificado con la “propiedad” del mismo, prerrogativa del dios tutelar.

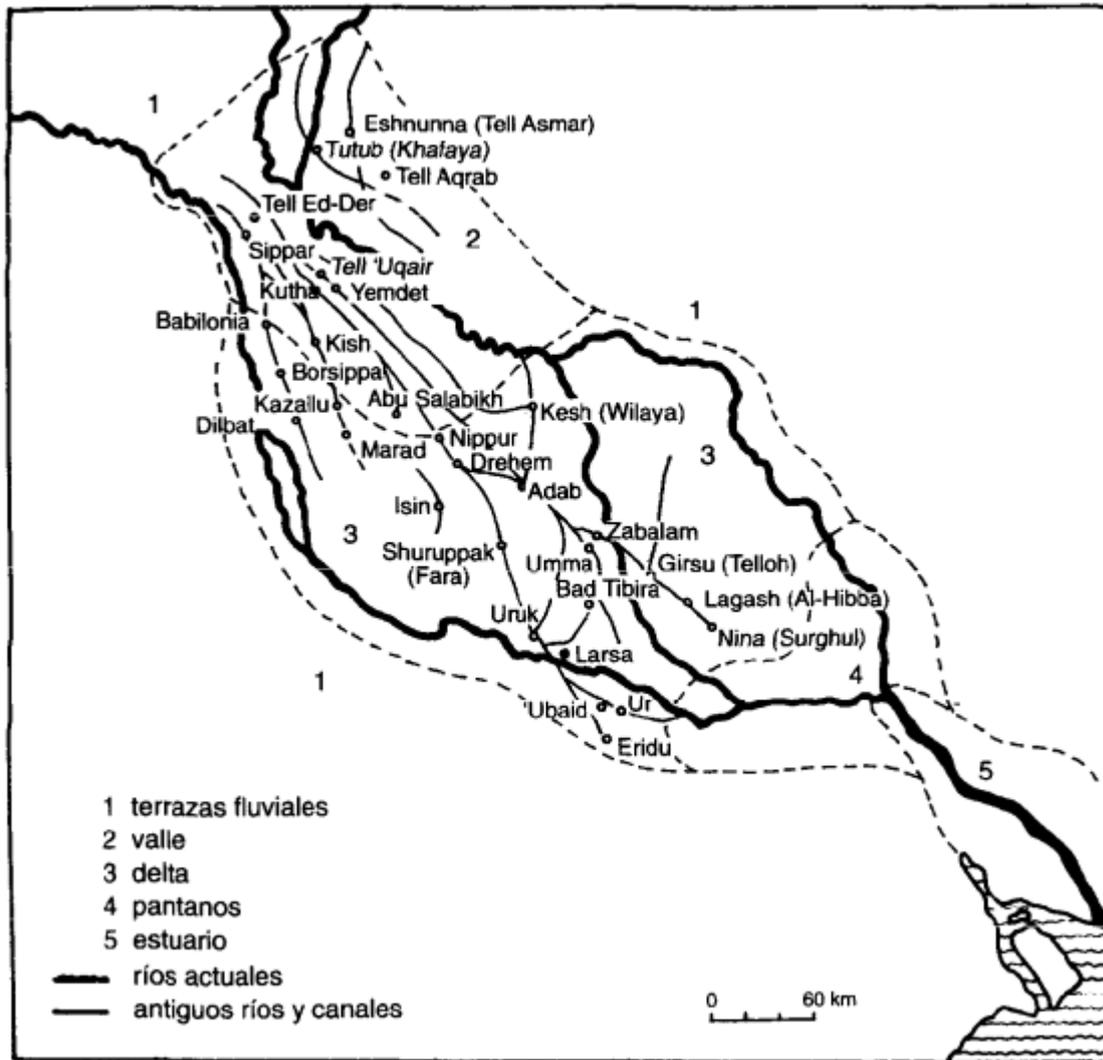
Revolucion Urbana, Liverani

La especialización laboral, las “grandes organizaciones”

La revolución neolítica se dio en la Baja Mesopotamia, sobre todo en el centro urbano de Uruk (periodo Uruk tardío c. 3500-3200; periodo Uruk Tardío c. 3200-3000)

→ el aumento de la productividad agrícola es la premisa fundamental que asegura a las comunidades unos excedentes alimentarios gracias a los cuales pueden mantener especialistas a tiempo completo, creando un polo redistributivo central. *El salto más importante es el organizativo.* El origen de la ciudad es el origen del estado y de la estratificación socioeconómica. Por primera vez, se da una interacción compleja de grupos humanos en el interior de una comunidad. El salto organizativo consiste en sistematizar la separación entre producción primaria de alimento y técnicas especializadas, concentrando a especialistas en poblados protourbanos y dejando la tarea de la producción de alimento a las aldeas dispersas. Pronto la relación deja de ser complementaria y pasa a estar jerarquizada, con aldeas estructuralmente tributarias de la ciudad.

→ en el vértice están los funcionarios administrativos (escribas, supervisores, etc.) y ceremoniales (sacerdotes), que garantizan la cohesión de la comunidad y la organización de los flujos de trabajo y redistribución. La solidaridad ya no es acumulativa y opcional. En el sistema especializado urbano la solidaridad se convierte en orgánica y necesaria.



La sistematización de las especializaciones laborales, su concentración espacial y la aparición de polos de decisión llevan a las “grandes organizaciones”: templos y palacios. Son lo que distingue a las ciudades de las aldeas, ya que estas últimas no tienen grandes organizaciones. Entre un templo y un palacio hay una diferencia importante: el templo es el lugar donde se realizan las actividades de culto, la “casa del dios” a la que acude la comunidad diaria o periódicamente, a rendir culto; el palacio, por el contrario, es ante todo la residencia del jefe humano, el rey con su círculo de allegados (familia real y corte). También son importantes sus similitudes: tanto el palacio como el templo son lugares donde se realizan actividades administrativas y se acumulan los excedentes en los que se basa el mecanismo redistributivo. No solo son residencias reales o divinas, son también domicilios de talleres artesanos, almacenes, oficinas de esclavos y archivos. Estas grandes organizaciones conforman el “sector público”.

La población se divide en dos grupos ante la “gran organización”:

- Especialistas, carentes de medios de producción, trabajan con los del palacio y son mantenidos por éste mediante un mecanismo de raciones. Son “siervos” del rey. Se benefician directamente del aparato redistributivo.

- Las familias productoras de alimento, libres dueños de sus medios de producción (tierra y ganado) que trabajan para su propio sustento, pero tributario del estado, al que debe ceder sus excedentes alimentarios.

Dentro del *núcleo palatino* la especialización está muy marcada. Esto deriva en consecuencias importantes. → los especialistas con dedicación plena dan un fuerte impulso de profesionalidad y eficiencia a su trabajo: fabricación repetitiva y homogénea, prevalece la cantidad sobre la calidad. Procesos de elaboración en serie.

→ Consecuencia social: en cada especialización se crea una relación jerarquizada. Las relaciones tradicionales del trabajo familiar son reemplazadas por la idea de los méritos personales, de la responsabilidad personal. La sociedad de especialistas se convierte, automáticamente, en una sociedad estratificada en clases.

La ciudad y las aldeas

La base de todo es la existencia de unos excedentes capaces de mantener las «grandes organizaciones» y a sus miembros especializados. De modo que la producción agrícola tiene que alcanzar un desarrollo especial. La dimensión de algunos nichos ecológicos, a veces muy pequeños, había sido idónea para la aparición de determinados avances técnicos y económicos, estimulados sobre todo por la concentración de puntos nodales entre zonas ecológicas distintas. La Baja Mesopotamia es un nicho de dimensiones mucho mayores, y si no cuenta con el debido equipamiento, no es muy hospitalaria, porque los grandes ríos (Tigris y Éufrates) con sus tortuosos meandros y sus periódicas crecidas estacionales dan lugar a un paisaje pantanoso, con aguas estancadas y suelos demasiado empapados. Otro obstáculo es la lejanía de las materias primas para la construcción de los útiles (metales, piedras duras y madera). Por el contrario, si el nicho mesopotámico cuenta con el equipamiento adecuado tiene grandes ventajas. El suelo bien drenado da un rendimiento muy elevado de cereales, a su vez, dispone de una red de comunicaciones económicas por vía fluvial.

- Creación de un sistema de regadío
- Planificación agrícola (arado de sembradura)
- Altos rendimientos de la cerealicultura.

Todo esto aseguró al nicho bajomesopotámico una cantidad muy grande y estable de excedentes alimentarios que posibilitan la manutención de los especialistas y administradores de las ciudades.

A su vez, los asentamientos se ubican estratégicamente, de forma jerárquica: por un lado están las aldeas, dedicadas a la actividad agropastoral, y por el otro, las ciudades, donde se encuentran las actividades de transformación, intercambio y servicios. Luego surge un tercer nivel, intermedio, que desempeña funciones urbanas descentralizadas.

La jerarquización y especialización funcional de los asentamientos es el reflejo exterior de una nueva organización política: una ciudad capital, centros regionales periféricos y varias aldeas tributarias. La urbanización se ve acompañada de un *rápido crecimiento demográfico* (aunque con fluctuaciones), que es un carácter positivo de la “revolución urbana”, ya que indica que un mayor número de personas puede vivir en un mismo territorio.

Las relaciones de jerarquía e interdependencia que se establecen en el conjunto del territorio, también alteran el paisaje. Antes casi todas las tierras pertenecían a las familias que cultivaban. En cambio, con la urbanización, la tierra pasa a tener dos estados jurídicos: de las familias libres y las del templo y palacio. La gestión de estas últimas tierras es, a su vez, dividida en dos: una parte se explota directamente y la otra se asigna en usufructo (son distintas formas de recaudar tributo). Estas tierras del templo y del palacio configuran un paisaje agrario distinto, con presencia humana más dispersa.

La ciudad presenta un *aspecto urbanístico complejo* (a diferencia de las aldeas, que cuenta con casas uniformes, con funciones similares). En el centro están el templo y el palacio con un exterior muy cuidado, para impresionar a la población. Luego hay otros edificios públicos (almacenes, etc.) y luego están las viviendas que pertenecen a familias de recursos económicos muy distintos, por los que suelen distinguirse entre sí.

A su vez, la concentración de riqueza que proporciona la urbanización posibilita la construcción *de murallas*, para proteger el patrimonio (mercancías, conocimiento, ideológico). Por lo tanto, la urbanización también es sinónimo de edificación monumental (del templo urbano a la muralla), como muestra de la prosperidad de la comunidad protoestatal.

De la calidad a la cantidad

Para que haya un flujo proporcionado y constante hacen falta convenciones objetivas y despersonalizadas. Para eso, se debe adoptar un *sistema de pesos y medidas, un sistema de numeración*, que además de las mercancías incluya el trabajo humano, el tiempo y la tierra.

→ se adopta el sistema de numeración sexagesimal. Estandariza las relaciones y permite realizar con mayor rapidez los cálculos.

→ se seleccionan algunas mercancías para la función de valor normalizado. En mesopotamia estas mercancías son la cebada y la plata.

→ se fija un sistema de valores al sistema de numeración. Se prefiere asignar, por lo menos a las mercancías básicas del sistema económico local, unas relaciones numéricas sencillas integradas en el sistema sexagesimal. También existen medidas básicas naturales: el año, el mes, el día. Se convierte en homogéneo y sexagesimal: año de 360 días, 12 meses de 30 días. → hace más fácil insertarlos en los cálculos.

Con el sistema de raciones, al tiempo se le atribuye un valor determinado, en virtud al trabajo realizado.

Las necesidades administrativas de las “grandes organizaciones” crean un mundo agrario sexagesimal, una división sexagesimal de tiempo, y un sistema de cómputo de los valores y las retribuciones. Convierte una realidad caracterizada por infinitas variantes individuales en un mundo computable y programable, despersonalizado y racional.

Garantías y registros: nacimiento de la escritura

La aparición de un sistema de registro escrito es la culminación del proceso de especialización laboral y despersonalización de las relaciones laborales. El primer paso es el sello como instrumento de convalidación y garantía. En él se representan escenas de actividades laborales o simbólicas de la comunidad protoestatal. También aparecen escenas de guerra, y surge la figura del rey -héroe. Se sustituye en repertorio genérico, geométrico y animal, por un repertorio que refleja la ideología de la nueva sociedad y las grandes organizaciones. El repertorio glíptico de Uruk da una visión esquemática de la sociedad protourbana que se ha creado: división del trabajo, acumulación y centralización de los excedentes, desarrollo artesanal, ascensión de una clase dirigente, y en particular de un rey, su relación con el templo.

(tp3)

La administración, dotada de estos elementos operativos, se convierte en el trabajo más especializado de todos los que se realizan en las grandes organizaciones.

La utilización de la escritura es también, una nueva forma de comprender y abordar el mundo: se pasa de la riqueza caótica de las relaciones personales y los conocimientos individuales a la rígida catalogación de un saber destinado a mantener la cohesión de la comunidad protoestatal.

Política e ideológica de las formaciones protoestatales

La revolución urbana conduce a la formación del estado, entendido éste como organización que controla de forma estable un territorio y organiza la explotación diferenciada de los recursos para garantizar la

supervivencia de la población. Lo que distingue al estado es el carácter desigual pero orgánicamente coherente de los grupos humanos que lo forman. Los intereses individuales se someten a los intereses colectivos.

La formación protoestatal es un organismo basado en la desigualdad. Hay que introducir motivaciones de carácter ideal para convencer a quienes soportan un peso mayor de que esta desigualdad es buena para el desarrollo del conjunto. Organización protoestatal significa también formación de un núcleo dirigente que asume la responsabilidad de las decisiones y las ventajas de una situación privilegiada; y formación de una ideología político-religiosa que garantiza la estabilidad y cohesión de la pirámide de las desigualdades.

1. El núcleo dirigente debe trabajar en dos frentes, el operativo y el ideológico: formación de una burocracia y un clero. La burocracia es la encargada de la gestión económica. Garantiza el buen funcionamiento del mecanismo de redistribución de excedentes (del campo a la ciudad), emprende el intercambio comercial, etc.
2. El clero se encarga del culto diario. Gestiona la relación con la divinidad, proporcionando la justificación ideal de las relaciones de desigualdad.
3. Ejercicio de la fuerza con fines defensivos y de cohesión interna (fundamental para el funcionamiento del estado). Hay que defender las riquezas y las capacidades técnicas concentradas en la ciudad. La formación del ejército es la expresión del ejercicio estatal de la fuerza.

Estas tres funciones (administración, clero y milicia) se subliman y reúnen en la persona única del jefe de la comunidad, el rey. El reúne todos los poderes y responsabilidades, y también todo el aparato ideológico. La función administrativa del rey ocupa la mayor parte de su actividad diaria, como jefe del palacio o “gran casa” (e-gal), gestionada como una empresa de grandes dimensiones. La función más llamativa es el culto: el rey se presenta como sumo sacerdote (“En”) del dios de la ciudad, gestor humano por encargo del dios. En la fase de Uruk todavía no hay un palacio “laico”, residencia del rey. El templo, “casa del dios” es el centro simbólico y operativo de la ciudad. El rey es el garante de la buena marcha de las relaciones entre la comunidad humana y el mundo divino. En la glíptica de Uruk se lo ve enzarzado en luchas simbólicas con animales feroces que amenazan el templo o la ciudad.

→ la cohesión de la comunidad se estimula por autoidentificación, en relación con el amo divino, y también por oposición ante las fuerzas exteriores. El primero, es positivo, ya que sirve para mantener unida a la comunidad antes las diferencias internas. El segundo sirve para mantener unida a la comunidad frente a ataques desde el exterior, por una convicción de que este mundo exterior es un mundo caótico y bárbaro. Se debe conquistar y aprovechar sus recursos, porque la periferia existe en función del centro, y no por derecho propio.

Egipto

Reflexiones sobre las capacidades de hacer del Estado Egipto antiguo, Campagno

→ pertinencia del concepto de Estado para el pensamiento de las sociedades antiguas. A partir de un análisis sobre el proceso en que surge y se consolida la lógica estatal en el Antiguo Egipto (entre el IV y el III milenio a.C.), se propone que la existencia del Estado puede ser reconocida principalmente a partir de tres grandes capacidades de hacer: capacidad de coerción, capacidad de creación, capacidad de intervención.

→ la lógica de organización social que se instala con el Estado está centralmente caracterizada por la existencia de lo que Weber identificó como el **monopolio legítimo de la coerción**. Es a través de la disponibilidad de los medios de coerción que un sector minoritario de la sociedad es capaz de imponer su voluntad a la mayoría de la población, de extraer un tributo regular y permanente, de regimentar y

sostener los cuerpos de burócratas y especialistas a su servicio. El advenimiento de lo estatal constituye un fuerte cambio cualitativo, que implica la emergencia de una nueva lógica de organización social, divergente respecto de los principios asociados al parentesco, sobre los que suele constituirse la principal lógica social preexistente. En esos contextos, el monopolio legítimo de la coerción es algo radicalmente nuevo no sólo por el hecho de que no está presente en las sociedades no-estatales sino porque la lógica del parentesco allí lo impide.

Foco de análisis: contexto en el que emerge y se consolida el Estado egipcio en el valle del Nilo, IV milenio a.C - primeros siglos del III milenio a. C. la existencia del Estado puede reconocerse a partir de tres grandes capacidades de hacer: capacidad de coerción, capacidad de creación, capacidad de intervención.

1. En primer lugar, el Estado se hace presente en el ejercicio de su capacidad de coerción. Ese potencial estatal para el uso sistemático de la violencia es visible en dos grandes direcciones: hacia afuera y hacia adentro de la propia sociedad egipcia. En este sentido, dada la índole del problema a considerar, es el ámbito de la iconografía de los períodos Predinástico Tardío (c. 3300-3000 a.C.) y Dinástico Temprano (c. 3000-2700 a.C.) el que nos ofrece los testimonios más abundantes acerca de esta violencia. Las imágenes murales de la **Tumba 100 de Hieracópolis** –en las que se aprecian escenas de combate, de dominio sobre grandes bestias (a la manera del “Señor de los Animales”) y de masacre de prisioneros - son el conjunto iconográfico que más tempranamente expresa el mismo ideario que se refleja unos cuatro siglos después en la emblemática Paleta de Narmer. Vale la pena que nos detengamos aquí en un motivo representado en la Tumba 100: la **masacre de enemigos**. Por un lado, ese motivo representa esa violencia ejercida hacia un afuera que, para la época ha de comprenderse en el marco regional de pequeños proto-Estados en pugna , pero que, desde Narmer en adelante, sólo se destina a los “no-egipcios”. En efecto, la masacre del enemigo es el motivo que expresa de manera más acabada la doble condición guerrera y ritual del monarca: mediante sus victorias militares, el rey afirma un orden que no es sólo político sino también cósmico y se halla permanentemente acechado por las fuerzas del caos. Pero por otro lado, el paso de unos enemigos regionales a otros extra-egipcios refleja el proceso de unificación política que acontece hacia finales del IV milenio a.C. El ritual de la masacre se ejerce sobre un individuo exterior al propio grupo y, luego de la unificación, el Estado egipcio define ese enemigo más allá de las Dos Tierras. El Estado no sólo hace la guerra sino que confisca esa posibilidad a los grupos que integra bajo su dominio. Aquellos que pretendieran ejercer violencia con independencia del estado se transformarían automáticamente en rebeldes. La consolidación de una sociedad estatal implica así la concentración de la violencia y su confiscación respecto de grupos otrora autónomos: la guerra (hacia afuera) y la represión (hacia adentro) son atributos que el Estado ejerce de modo excluyente. Más allá de su ausencia casi total en las fuentes, desde los comienzos, la mayoría de la población egipcia debió ser campesina y sometida a tributación. Y la tributación implica una extracción coactiva de excedentes, una práctica específica de las sociedades estatales, a través de la cual la mayoría social podía experimentar de un modo directo la capacidad de coerción del dispositivo estatal.

2. En segundo lugar, el Estado egipcio también ostentaba desde el principio una singular capacidad de creación. la posibilidad de extraer una corriente de tributación en especie y en trabajo de la mayoría de la sociedad, ponía a disposición del Estado un cuantioso excedente en fuerza de trabajo y recursos alimentarios para llevar a cabo una política de construcciones en gran escala, que dejaría una profunda y duradera huella sobre el paisaje del valle del Nilo. El recinto HK29A de Hieracópolis, un probable templo de mediados del IV milenio a.C. y de unos 40 m de largo, indica el temprano despliegue de ese potencial constructor del Estado. A comienzos de la fase Nagada III, la tumba U-j de Abidos es otra muestra de esa potencia, que culmina en las grandes tumbas y palacios funerarios reales de las Dinastías I y II en Abidos y en Saqqara. Los serekhs, en tanto símbolos reales que conjugan el nombre del monarca, su condición divina

como Horus y la forma del palacio, expresan que ese tipo de edificios se identifica directamente con el monarca divino, lo que equivale a decir que esa capacidad constructora se hallaba claramente asociada al Estado. La concentración de edificios en el área menfita seguramente debió generar un impacto visual de relevancia, que inmediatamente evocaría la capacidad creadora del Estado (Menfis es la sede de la realeza). Además de las edificaciones, el núcleo urbano debió implicar la concentración de una gran cantidad de funcionarios, artesanos y sirvientes asociados al dispositivo estatal. Grandes edificaciones y multitudes: dos novedades que testimonian la capacidad transformadora del Estado desde épocas tempranas.

Efectos: el Estado tenía que disponer de una importante capacidad logística, suficiente para transportar contingentes de tributarios a los lugares donde se llevarían a cabo las construcciones, asentarlos en campamentos transitorios, abastecerlos diariamente de alimentos, organizar y coordinar los esfuerzos laborales. La participación de los campesinos en esos procedimientos, incidia profundamente en la representación campesina acerca del mundo estatal. el Estado debía presentárseles como una descomunal fuerza creadora. El esplendor de tales edificios proclama, y por ello refuerza, el status de los gobernantes, de sus dioses protectores y del Estado. Más aún, por participar en la erección de los monumentos que glorifican el poder de las clases altas, los trabajadores campesinos están habilitados para reconocer su estatus subordinado y su sentido de la propia inferioridad queda reforzado.

3. El Estado despliega toda una serie de procedimientos que pueden ser considerados como indicativos de su capacidad de intervención en el tejido social egipcio. Interviene en el ámbito rural, apropiándose de tierras fértiles, que se vinculan directamente a la Casa del Rey (per nesut) o a diversas entidades administrativas encargadas del mantenimiento del culto funerario del monarca o de la provisión de bienes para el monarca y la élite estatal. El Estado también controla al artesanado especializado a través del cual establece unos cánones artísticos específicos. Aún por otra parte, el Estado interviene en la esfera de la religión para dejar su huella por medio de la construcción de templos y la dotación de cuerpos de sacerdotes para las divinidades más próximas a la élite, así como para establecer nuevos rituales de los que la mayoría de la sociedad quedaba excluida. es quizás el ámbito de la temprana escritura el que nos permite notar de un modo más condensado la capacidad de intervención del Estado. Los primeros testimonios conocidos de escritura egipcia son los que provienen de la tumba U-j de Abidos (c. 3200 a.C.). Se trata de pequeñas etiquetas en las que se indican cantidades y posiblemente nombres que podrían identificar el contenido o los lugares de procedencia de los bienes a los que se ataban las etiquetas. los procedimientos asociados a la escritura se relacionan plenamente con la lógica estatal. Por medio de ellos, el Estado registra y codifica, lo cual genera dos efectos decisivos: identificar y diseminar mensajes unívocos a lo largo de una escala espacial y temporal. La Piedra de Palermo vuelve a ser emblemática en este punto: allí convive el registro minucioso de la crecida del Nilo y las referencias a censos con la proclamación de las victorias del rey, de la construcción de templos para los dioses y de la celebración de rituales. Puede apreciarse allí cómo la escritura conjuga en un mismo plano la doble faceta administrativa y ceremonial del Estado egipcio. En sus comienzos, el uso de la escritura genera un tipo de efectos específicos, que se asocian directamente a la constitución de algo que, en términos muy generales, puede definirse como un dispositivo burocrático, algo que sólo es inherente a las sociedades en las que ha emergido el Estado. Ciertamente, la delimitación de un cuadro de funcionarios independiente de las tramas comunales de parentesco y exclusivamente dedicado a la labor burocrática constituye un hecho decisivo para la conformación de una sociedad estatal: el burócrata no es un miembro de la comunidad, pero su presencia representa al Estado y por lo tanto, sus indicaciones deben ser acatadas. es por medio de sus funcionarios –y a través de mecanismos de registro y transmisión de información como los que proporciona la escritura– que el Estado podía extraer tributo, movilizar mano de obra, organizar expediciones militares o

de extracción de recursos, abastecer a la élite, adorar a los dioses, celebrar y conmemorar los rituales reales.

La aparición del Estado y la Época Tinita, Cervelló Autuori

La aparición del estado en Egipto y la “unificación”

Nagada IIc-d: el contexto arqueológico de la aparición del Estado en Egipto (c. 3600-3300 a.C), región del Alto Egipto entre Abydos y Hieracópolis. Aparición de costumbres funerarias, motivos iconográficos e irrupción de una nueva institución: el estado. En esta época, tres centros destacan por su envergadura y dinamismo cultural: Hierakonpolis, Nagada y Abydos.

→ **Hieracópolis:** A la riqueza de Hieracópolis contribuyen, de un lado, la explotación de los ricos recursos minerales del desierto oriental, así como el control del flujo de materias primas procedentes del corazón de África (marfil, ébano, oro, plumas de avestruz, pieles de felinos, etc.). Las tumbas de la élite hieracompolitana han proporcionado, junto a estos productos exóticos africanos, todos ellos acumulados como bienes de prestigio. Se han excavado distintas áreas de residencia, una principal (localidad HK29) y otras de menores dimensiones. En cuanto a las actividades económicas y tecnológicas, se han identificado talleres de producción de cerámica, de pan y de cerveza, que nos hablan de una notable especialización artesanal. Se destacan dos cementerios: uno para la élite y otro destinado a la gente común. En Nagada IIc-d el cementerio de la élite se desplaza del Wadi Abu Suffian. Es aquí donde se encontró la famosa **«tumba 100»**. Lo que le confiere celebridad son las pinturas que decoraban las paredes, las más antiguas documentadas en el valle del Nilo. Los colores empleados son el negro, el ocre rojizo y el blanco sobre fondo beige. El tema central de los frescos es una procesión de seis grandes barcas, destacan siempre dos embarcaciones por su tamaño y posición; en una de ellas se representa un personaje amortajado sentado en un trono y portando un flagelo, mientras que en la otra aparece un personaje barbado, arrodillado y maniatado. En los espacios que las barcas dejan libres se dispone una serie de motivos relacionados con cuatro grandes temas: **la caza, la guerra, el dominio y el ritual**. Caza, trampa circular en la que están cinco gacelas, recurso mágico propiciatorio. La guerra, en la parte inferior, bajo la forma de dos grupos de duelistas. La escena de dominio es la del “señor de los animales”, un hombre entre dos felinos. Este ser humano que media entre las bestias sería el encargado de “equilibrar” las dos fuerzas en contraste. El ritual está representado por las dos escenas más importantes. Representado a la derecha de la barca grande del registro superior hay un personaje que sostiene un flagelo y una suerte de cetro. En el extremo inferior izquierdo de la composición se halla representado el motivo de la «masacre del enemigo», probablemente un sacrificio ritual: un personaje tiene asidos con la mano izquierda a tres prisioneros postrados y atados y levanta con la mano derecha el arma sacrificial. **La iconografía de la tumba 100 parece no dejar lugar a dudas sobre la primera presencia de un «rey» y un Estado incipiente en el valle del Nilo.**

→ **Nagada:** debe su riqueza y dinamismo a la explotación de las minas de oro y cobre del desierto oriental. El proceso de jerarquización social se acelera. Sepulturas caracterizadas por sus grandes dimensiones y la riqueza de su ajuar, asociadas sin duda a una nueva y poderosa élite local. Los ajuares incluyen elementos de calidad como grandes recipientes cerámicos, vasos de piedra, perlas de lapislázuli, láminas de oro y objetos de marfil.

→ **Abydos:** han aparecido tanto zonas de hábitat y de actividades industriales como, una importantísima área de enterramiento. Se trata de la necrópolis de **Umm el-Qaab (cementerio ancestral de la realeza tinita y altoegipcia predinástica)**, se pasa de las tumbas de las élites locales de las distintas fases de la civilización nagadiense a las sepulturas de los primeros faraones del Egipto unificado (I y II dinastías). En efecto, Umm el-Qaab parece haber sido siempre, ya desde Nagada I, un lugar de enterramiento específico de grupos

dirigentes. Los ajuares incluyen vasos de cerámica y de piedra, objetos de cobre y marfil, la parte superior de un bastón de marfil en forma de cetro heqa, cabezas de maza piriformes de diorita, lamas de cuchillo de sílex, hilos de oro, probablemente en relación con vestidos. A su vez, proceden una serie de objetos decorados que inician, por su tipología y por la temática de las representaciones, la tradición de los posteriores “documentos de la unificación” (x ejemplo un mango de cuchillo de marfil decorado con escenas de caza). También se presentan algunos símbolos de escritura que muestran un cambio que conducirá a la civilización faraónica histórica y sugiere la presencia de un estado incipiente.

- El panorama en el Bajo Egipto es distinto. En esta misma etapa, se ha constituido un complejo cultural más o menos homogéneo, el complejo cultural Maadi-Buto. Aquí las necrópolis tienen mucha menos importancia que los asentamientos. Se constatan ciertas desigualdades pero no parecen llevar a que se constituya una elite gobernante.
- A partir de finales de Nagada II, el Delta (Bajo Egipto) parece experimentar una profunda transformación. Se ha constatado una progresiva sustitución de los elementos propios de la cultura material del complejo Maadi-Buto por los característicos de la cultura de Nagada del Alto Egipto. Hay que pensar en el asentamiento pacífico, tal vez ligado a los intereses de las élites de los proto-Estados alto egipcios, de gentes procedentes del sur y portadoras de sus formas culturales, más dinámicas. A comienzos de Nagada III todo el valle del Nilo egipcio presenta unos patrones de asentamiento y de enterramiento y una cultura material y simbólica homogéneos, de tradición alto egipcia. Esta «unificación cultural» precede y prepara la posterior unificación política.

La aparición del Estado en Egipto: aspectos sociopolíticos

Es en el contexto histórico-arqueológico descrito en el apartado anterior en el que tiene lugar la aparición del Estado en Egipto. → condicionantes y mecanismos sociopolíticos que determinaron esa aparición.

→ Campagno parte de una consideración inicial básica: el registro etnográfico y etnohistórico documenta extensamente que, allí donde no hay Estado, las sociedades se estructuran y se rigen por el parentesco como elemento definidor y vertebrador de las relaciones sociopolíticas. Los vínculos entre parientes y los principios que los rigen se extienden a todos los aspectos de la vida de la comunidad. Ahora bien, el parentesco se funda en una norma básica: **la reciprocidad**. Los parientes y los grupos de parentesco deben ayudarse recíprocamente y no perjudicarse. Esto no significa que las sociedades reguladas por el parentesco no puedan presentar cierta desigualdad social o incluso organizarse como sociedades de jefatura. Estas formas de liderazgo, sin embargo, están sujetas a los principios del parentesco. El jefe es el primero de los parientes y debe cumplir más que nadie con sus obligaciones de solidaridad y generosidad. Es precisamente el prestigio que le confiere el digno cumplimiento de estos preceptos y obligaciones lo que lo legitima como jefe. Su razón de ser no está en imponer su voluntad, sino en ser el ejecutor por excelencia de las prescripciones de la ética parental. Ahora bien, el Estado se define esencialmente como aquel sistema sociopolítico en que la élite y su jefe detentan el monopolio legítimo de la coerción, de manera que pueden imponer su voluntad por la fuerza al resto de la comunidad. Para que haya Estado ha de haber una ruptura con la realidad parental. Para Campagno, puesto que la esencia del Estado es el ejercicio legítimo de la violencia, esa ruptura debe buscarse en el ámbito de la guerra. Sólo la guerra entre comunidades distintas puede dar lugar a los primeros comportamientos de tipo «estatal».

Volviendo al valle del Nilo de Nagada IIc-d, Campagno se pregunta por las causas de los posibles conflictos bélicos entre las distintas comunidades alto egipcias, piensa que estas causas deben buscarse en la competencia por los bienes de prestigio. Así, el Alto Egipto de Nagada I y de inicios de Nagada II se habría caracterizado por la emergencia de toda una serie de jefaturas locales basadas en el parentesco, de las que la iconografía y las prácticas funerarias darían cuenta. Durante Nagada IIc-d estas comunidades habrían

entrado en conflicto entre ellas esencialmente por el control del flujo de bienes de prestigio, surgiendo verdaderas «guerras de conquista» y de anexión, las únicas que podían garantizar la eliminación definitiva de la competencia. Y es en ese «intersticio» entre comunidades en conflicto donde Campagno sitúa la aparición de las primeras «prácticas estatales»: la élite de la comunidad dominante puede imponer su voluntad a la totalidad de la comunidad dominada. Aparece, pues, ***el monopolio legítimo de la coerción***, base del Estado. Esa élite, no sólo ha eliminado un competidor y se ha apoderado de sus recursos, sino que lo ha sometido a una tributación permanente, de modo que dispone ahora de más medios para seguir expandiéndose y reforzando su posición. Una vez aparecida la «práctica estatal», ésta acaba introduciéndose en el seno del mismo grupo de parientes al que la élite conquistadora pertenece. Todo el sistema de relaciones sociopolíticas ha quedado así transformado y el Estado puede considerarse establecido. **Con el tiempo, irá apareciendo el resto de aspectos que lo definen: la burocracia, la función judicial y penal, la administración económica, la organización territorial, la defensa y la auto-conceptualización simbólica, a la que se asocia la arquitectura monumental.** El parentesco lejos de desaparecer, seguirá articulando las relaciones en el interior. El antiguo «jefe» comunal ha dejado paso al «rey» estatal, sumando al poder cósmico y religioso que aquél ya detentaba, relacionado con la fecundidad y el orden del mundo (la maat faraónica), un nuevo poder político-militar.

→ Durante Nagada IIc-d, estos procesos habrían dado lugar a los «proto-reinos» de Hieracópolis, Nagada y Abydos. Estos tres centros habrían vencido y anexionado las aldeas más próximas. Los tres «proto-reinos» entrarían en una nueva dinámica de relación o conflicto entre ellos. La evidencia arqueológica señala que el primero en desaparecer fue el central, Nagada, tal vez por anexión por parte de Hieracópolis o de Abydos, o por una suerte de «pinza» practicada por ambos. Desaparecida Nagada, no parece que los proto-reinos de Hieracópolis y Abydos entrarán en conflicto. La continuidad y el desarrollo de ambos centros hacen pensar más bien en algún tipo de alianza entre las élites, tal vez con una paulatina incorporación de la hieracopolitana a la abidena. A comienzos de Nagada III todo el Alto Egipto estaría unificado ya, constituyendo el «proto-reino del Alto Egipto», cuyo rey y corte se encontrarían en Abydos. Desde allí se emprendería el proceso de expansión que conduciría al Estado faraónico histórico.

Nagada III a-b: la unificación

En Abydos, se han encontrado en las sepulturas ajuares funerarios con materias primas que proceden de regiones lejanas, mostrando el creciente poder y capacidad de control de flujos comerciales del incipiente Estado alto egipcio. **En la tumba U-j (Nagada III a2 c.3250 a.C) se puede ver en Abydos cómo esta se convierte en la capital del reino unificado.** Es la tumba más grande construida en el Valle del Nilo con una organización interna más compleja. En la cámara funeraria se hallaron restos de una capilla de madera y un cetro heqa de marfil completo. La importancia de esta tumba está en los **testimonios más antiguos de escritura egipcia documentados hasta la actualidad.** Son inscripciones pintadas sobre vasos o grabadas en pequeñas etiquetas. Estas inscripciones aluden a los lugares de procedencia de los contenidos.

El Estado es, además de coerción y administración, símbolo e ideología. En definitiva, pues, la escritura de la tumba U-j parece responder a una iniciativa de orden simbólico de la corte abidena de comienzos de Nagada III destinada a aumentar la «eficacia mágica» del ritual funerario del rey. Sólo en tiempos algo posteriores será utilizada también con fines celebrativos regios, primero, y administrativos, después.

A su vez, en otras tumbas se han encontrado referencias a algunos serekhs muy antiguos. Los reyes egipcios históricos poseyeron, desde la IV dinastía, un protocolo formado por cinco títulos. El más antiguo de estos títulos es el «título de Horus». Se escribe mediante el serekh, un signo que representa el palacio real. rey, palacio y Horus son tres realidades consustanciales y «concéntricas»: Horus es el cosmos (sus alas

extendidas son la bóveda celeste y sus ojos son el sol y la luna), el rey se identifica con Horus y el palacio es un micro-cosmos desde donde irradia el poder trascendente y ejecutivo del rey, que asegura la maat, la armonía universal.

Durante la etapa de Nagada IIIb encontramos ejemplos de serekhs por todo el valle del Nilo, y muy especialmente en la región de El Cairo y en el Delta, grabados o pintados sobre vasos procedentes de tumbas de las élites locales relacionadas de un modo u otro con la realeza abidena. A su vez, en lo que refiere al Delta, todos los yacimientos presentan uniformemente la cultura material de la civilización altoegipcia de Nagada, a cuya órbita cultural han quedado incorporados, podrían interpretarse como auténticas colonias del sur en el norte, probablemente destinadas a eliminar intermediarios en el flujo de bienes de prestigio desde Palestina y Siria.

Exactamente lo mismo parece haber sucedido en el otro extremo del área de influencia del Estado altoegipcio, la Baja Nubia. El reino altoegipcio entró pronto en conflicto con estas poblaciones sureñas, sin duda por el control directo de las rutas africanas.

Los “documentos de la unificación”

Durante Nagada IIIb (ca. 3200-3100 a. C.), el reino del Alto Egipto, con «capital» en Abydos-Tinis, emprende el definitivo proceso de unificación político-militar de las «Dos Tierras», expandiéndose por el sur hasta Elefantina y la primera catarata y por el norte hasta el Mediterráneo. El Delta interesaba a los reyes del sur por sus contactos con el Próximo Oriente (de acuerdo con la política de eliminar intermediarios en la importación de bienes de prestigio) y tal vez también por sus reservas de tierra fértil. De este proceso se hace eco la iconografía de una serie de documentos que llamamos «documentos de la unificación». *Se trata básicamente de tres tipos de objetos, a saber, mangos de cuchillo de marfil de hipopótamo, paletas de esquisto ovaladas o escutiformes y cabezas de maza piriformes de piedra caliza.*

Dentro de este grupo se encuentran muy especialmente los documentos procedentes del llamado *Main Deposit* de Hieracómpolis. Se trata de un depósito de objetos votivos de los tiempos de la unificación y la Época Tinita hallado en un recinto ceremonial en uso desde la I dinastía hasta el Reino Medio, un recinto para la celebración de las principales fiestas de la realeza, entre ellas la fiesta Sed. Del Main Deposit proceden las cabezas de maza de Escorpión y de Narmer y la paleta de Narmer.

→ estos documentos no pretenden transmitir o evocar hechos históricos concretos, sino hechos míticos, arquetípicos o simbólicos. La paleta de Narmer, por ejemplo, no narra hechos concretos, pero sí evoca un contexto histórico: el de la unificación. Los documentos de la unificación tratan fundamentalmente cuatro temas: la dialéctica orden-caos, la caza, la guerra y el ritual. En los más antiguos, la realeza aún no está presente de manera explícita; en los más recientes, el rey, bajo diversas formas, es el eje de la acción y de la composición.

Es en las paletas de Nagada IIIb donde el motivo de la guerra está asociado de manera explícita al rey, representado como un violento animal salvaje (león, toro, halcón o escorpión), en tanto que encarnación de los poderes de la naturaleza. El recto de la parte conservada de la paleta de los buitres está dominado por la figura de un león que devora un personaje desnudo, barbado y con cabellera punteada, como se representa en general a los «enemigos» en estos documentos. En el tercio inferior conservado de la paleta líbica (paleta de las ciudades), la primera en la que la decoración se distribuye en registros, se representa, en una cara, otra serie de ciudades fortificadas asaltadas por los animales que simbolizan al rey: un halcón, un león, un escorpión y dos halcones perchados; y, en la otra cara, un tributo consistente en bóvidos, asnos, ovejas y olivos.

Sólo a finales de Nagada IIIb, en los últimos documentos de la unificación, el rey es representado en forma humana y ya según los cánones del arte formal egipcio. En estos documentos el tema central es el ritual real, que sólo el rey «humano» puede ejecutar. Se trata de las cabezas de maza de Escorpión y de Narmer y

de la paleta de Narmer. En la *cabeza de maza de Escorpión*, el rey es representado con el atuendo ritual que lo caracterizará desde ahora hasta comienzos del Reino Antiguo: faldellín corto, corpiño con tirante, cola de toro y corona, aquí la corona blanca. Descalzo, sostiene con las manos una azada y está acompañado por dos asistentes que le presentan un capazo y una suerte de escoba. El rey se dispone a ejecutar algún tipo de rito agrario, relacionado con la tierra, el agua y la fertilidad. Frente a la cara del rey, los signos de una roseta y un escorpión han sido tradicionalmente interpretados como su nombre. Sin embargo, el hecho de que estos signos no respondan a la forma habitual en que los reyes son designados en este momento (a través del serekh, en alguna de sus formas) y de que no haya ningún serekh que menciona de manera inequívoca a un «Escorpión», tal vez se trate de un epíteto real, alusivo, una vez más, a las fuerzas naturales que el rey encarna. El rey representado podría ser un personaje no conocido por otras vías o bien uno de los reyes cuyo nombre conocemos por los sereks: Ka o el propio Narmer.

El ritual al que se hace referencia en la *cabeza de maza de Narmer*, es la fiesta Sed o fiesta de rejuvenecimiento del rey y de regeneración del mundo. Se representan en concreto dos de sus ceremonias. Por un lado, la de presentación del botín obtenido durante la campaña militar que presidía las celebraciones. Por otro, se representa la ceremonia que escenificaba la muerte y el renacimiento del rey, en el curso de la cual este se presentaba amortajado, con el mayal en la mano (a la vez símbolo regio y funerario) y tocado con la corona (en este caso roja). Estas ceremonias tenían lugar en un «escenario ritual» bien preciso. Consistía en un amplio espacio que incluía un podio escalonado sobre el cual se disponía el trono, bajo un dosel y, frente a él, dos series de tres «mojones» en forma de crecientes lunares que delimitaban el espacio ritual. Tras el rey se disponen sus dos asistentes principales. Por encima del segundo, como presidiendo el conjunto de la composición, se encuentra el serekh de Narmer. Justo delante del rey aparece un enigmático personaje sobre un palanquín, motivo recurrente en la iconografía de la fiesta Sed de tiempos históricos. Finalmente, en un registro vertical separado del resto de la composición se representan un santuario con un ibis perchado y un recinto con animales sacrificados.

La *paleta de Narmer* es considerada como el *documento que simboliza la culminación de la unificación política de Egipto y la instauración de la monarquía dual histórica*. En el registro superior tanto del recto como del verso, se encuentra el serekh real flanqueado por imágenes de la diosa vaca Bat, asociada a la fecundidad y al orden cósmico. El rey está representado cuatro veces, dos en forma animal y dos en forma humana. En el verso, aparece, por primera vez, la versión formal del motivo de la masacre del enemigo. El rey, en forma humana, está ataviado con el atuendo ritual (faldellín, corpiño con tirante y cola de toro) y luce una barba postiza y la corona blanca del Alto Egipto. Con una mano levanta la maza sacrificial y con la otra agarra por el pelo al enemigo vencido, que una secuencia jeroglífica parece identificar con el Delta occidental. Por encima del prisionero, una escena emblemática alude al sometimiento del Delta por parte del rey: sobre un signo consistente en una lengua de tierra de la que brotan seis plantas de papiro (símbolo del Bajo Egipto) y personificado por medio de una cabeza de enemigo, está posado un halcón que sujeta esta cabeza (o le arrebató el aliento vital). En el recto, el rey vuelve a aparecer en forma animal, como un toro que embiste enemigos y fortalezas (registro inferior), y en forma humana, en una procesión en la que, ataviado con el consabido atuendo ritual pero tocado ahora con la corona roja del Bajo Egipto, avanza, acompañado de sus asistentes habituales, hacia dos hileras de enemigos decapitados (registro superior).

La paleta de Narmer simboliza un punto y aparte en la historia del antiguo Egipto. Representa, por un lado, el final de una larga tradición simbólico-iconográfica. También la representación del rey en forma de animal se da en este documento por última vez. El motivo de la *masacre del enemigo*, central en la ideología faraónica como símbolo de eliminación del caos, y, sobre todo, el rey aparece tocado por primera vez en el mismo monumento con lo que ya podemos llamar la corona blanca del Alto Egipto y la corona roja del Bajo Egipto. Esto significa que se están poniendo las bases del Estado unificado dual.

La época Tinita (I y II dinastías)

Estado dual, titulatura y listas reales

Fue el rey Narmer quien, hacia 3100 a. C., completó la unificación política de Egipto: con la anexión, por parte de Narmer, de las tierras del Delta occidental o líbico. Así parece sugerirlo el hecho de que, en los documentos de este rey, el enemigo sea sistemáticamente un libio o habitante del Delta occidental.

Por el norte, la expansión del reino altoegipcio parece haber alcanzado incluso el sur de Palestina. La evidencia arqueológica y la presencia abundante de serekhs de Narmer en la región hacen pensar, si no en un control directo de la misma, sí en el establecimiento de asentamientos o de colonias egipcias más o menos permanentes (fue un fenómeno puntual, no perduró). Por el sur, la frontera fue establecida en Elefantina, a la altura de la primera catarata, donde inmediatamente se construyó una fortaleza. A comienzos del dinástico, el nuevo Estado unificado egipcio intensificó su política de agresión frente al reino nubio de Qustul, vecino por el sur, hasta aniquilarlo completamente, eliminando así un incómodo intermediario en el tráfico de materias primas africanas.

→ Desde un punto de vista ideológico, la culminación de la unificación y el reinado de Narmer fueron sentidos por los egipcios como hechos trascendentes, cosmológicos, culturalmente «constituyentes»; no por un eventual «alcance histórico», que el pensamiento egipcio no contemplaba, sino por su carácter fundacional e instaurador de un orden superior en la tierra. Este carácter fundacional del reinado de Narmer y de ruptura respecto a la tradición precedente, queda patente en dos ámbitos de la actividad cultural: la instauración del Estado dual y el inicio de la tradición de los anales y las listas reales.

Independientemente de que en el reino altoegipcio de Nagada IIIa-b hubiera podido darse ya algún tipo de lectura dual del territorio, no es hasta la unificación cuando la dualidad aparece como una componente ideológica definidora del Estado egipcio. La unión del valle y el Delta en una sola entidad político-social y bajo un mismo dirigente fue percibida en términos de una «cosmización». Uno de los principios atemporales de la cosmovisión egipcia es, precisamente, el principio dual, según el cual, todo ente dotado de «realidad» y de «sustancia» está conformado por dos polos opuestos complementarios.

Un Estado acorde con el cosmos debía ser dual. Así, el principio dual fue proyectado sobre el territorio, y se concibió un Estado formado por dos mitades complementarias, el Alto y el Bajo Egipto, a cada una de las cuales se fueron asociando, poco a poco, una serie de dioses tutelares y de símbolos heráldicos. Muchos de estos dioses y símbolos eran originarios, en realidad, del Alto Egipto, pero ahora fueron «repartidos» entre las Dos Tierras. Así, el dios Set, la diosa buitres Nekhbet, la corona blanca, la flor de loto, el junco, la capilla zoomorfa, la ciudad de Nekhen o Hieracópolis como capital simbólica y las «almas de Nekhen», con cabeza de chacal, como ancestros reales fueron algunos de los **símbolos del Alto Egipto**; mientras que el dios Horus, la diosa cobra Uadjet, la corona roja, la planta del papiro, la abeja, la capilla abovedada, la ciudad de Pe o Buto como capital simbólica y las «almas de Pe», con cabeza de halcón, como ancestros reales fueron los complementarios **símbolos del Bajo Egipto**. Es precisamente en la paleta de Narmer donde por primera vez aparece claramente expresado este principio cosmológico-político, bajo la forma de las dos coronas que luce alternativamente el rey en el recto y en el verso.

La dualidad da forma a los dos nuevos títulos del protocolo faraónico. Los reyes de la «dinastía 0» y los primeros de la I dinastía poseyeron sólo el título de Horus. Durante el reinado de Den, a mediados de la I dinastía, aparece el título de Nesu-bit, «El del Junco y la Abeja», o sea, «El Rey del Alto y Bajo Egipto». Es el título que a partir de ahora identificará propiamente al rey como soberano del Estado dual. El sucesor de Den, Andjib, introduce el título de Nebuy, «los Dos Señores», en alusión a los dioses Set y Horus, representantes del Alto y Bajo Egipto. Este título no perdura. Semerkhet, lo sustituye por su contrapartida femenina: Nebty, «las Dos Señoras», alusivo a Nekhbet y Uadjet, las dos diosas tutelares del Alto y Bajo

Egipto. Del reinado de Den data la primera representación conocida del motivo del Sema Tauy, literalmente «la Unión de las Dos Tierras», alusivo a una de las ceremonias de la coronación en que el rey era investido, precisamente, del poder sobre las Dos Tierras. El motivo consiste en una planta de papiro (Bajo Egipto) y un junco (Alto Egipto).

El segundo ámbito de actividad cultural en que queda patente el carácter fundacional del reinado de Narmer es la *analítica y la tradición de las listas reales*, que empiezan con él. La ideología real deja de representarse en paletas o mazas. El soporte que los reemplaza durante la Época Tinita son las «etiquetas analíticas de marfil o madera, procedentes siempre de contextos funerarios. se trata de una sofisticación y ampliación de las etiquetas documentadas por primera vez en la tumba U-j de Abydos, pero con una reformulación sustancial del contenido, para dar cabida al despliegue iconográfico y epigráfico que supone la ideología real y hacerlo en función de una práctica cultural completamente nueva: la analítica. Los «hechos» a los que se alude no son hechos históricos, sino acciones arquetípicas o rituales protagonizadas por el rey: procesiones y ceremonias religiosas, sacrificios, aniquilación de enemigos extranjeros... Esto no quiere decir que algunas de estas acciones arquetípicamente expresadas no puedan remitir a hechos históricos. Las etiquetas analíticas son características de la Época Tinita y desaparecen a principios del Reino Antiguo. En realidad, no se trata más que de la punta del iceberg de una actividad analítico-ritual que se desarrollaría en la corte y en los templos y cuyo soporte principal sería muy probablemente el papiro. La tradición analítica comienza con el dinástico y con la constitución del Estado dual, y desde el Reino Antiguo los egipcios concibieron un tiempo «anterior» a las dinastías humanas «documentadas», un tiempo cualitativamente distinto, en el que reinaron los dioses y los «seguidores de Horus», es decir, los reyes míticos. todo ello redundando en ese carácter fundador que tiene el reinado de Narmer.

Menfis y los complejos funerarios regios de la Época Tinita

Una vez completada la unificación, la corte del nuevo Estado dual se instaló algo al sur del vértice del Delta (y del actual Cairo), en la ribera occidental del Nilo: la ciudad de Menfis. La nueva capital se alzó en un área llamada desde entonces Mekhat Tauy, la «Balanza de las Dos Tierras», punto de encuentro y «centro» simbólico de las dos mitades que conformaban el nuevo Estado. El emplazamiento ofrecía también *importantes ventajas político-administrativas, económicas y comerciales*. El lugar era idóneo para el control del tráfico fluvial y suponían dos importantes arterias de comunicación (enlaza la región menfita con Palestina) y dos extensas áreas de pastoreo. Las primeras dos dinastías son conocidas con el nombre de «tinitas» por su lugar de origen, pero gobernaron el país desde Menfis. En un primer momento la instalación de la corte en Menfis no supuso el abandono del antiguo cementerio real de Umm el-Qaab, en Abydos, donde los reyes de la I dinastía y los últimos de la II dinastía edificaron sus tumbas, siguiendo la tradición de sus predecesores de la «dinastía 0». Desde Aha, sin embargo, la tumba real se convierte en un verdadero complejo funerario integrado por dos elementos topográficamente muy distanciados entre sí: la *mastaba*, situada en Umm el-Qaab, desierto adentro, y el llamado «*palacio funerario*», ubicado cerca de la llanura aluvial, junto a la actual aldea de Abydos.

→ La mastaba era el lugar de enterramiento. El túmulo tiene, sin duda, un significado resurreccional, tal vez relacionado con el simbolismo pan-egipcio de la colina primordial, el primer ente surgido del caos líquido primigenio y dotado, por ello, de toda la fuerza creadora y (re)generadora. Enfrente de la mastaba se colocaban, para su identificación, dos estelas simétricas con el serekh del rey, la más conocida de las cuales es la de Djed (el «rey Serpiente»).

→ «palacios funerarios», se trata de recintos rectangulares de perímetro mucho mayor que el de las mastabas. Desde el punto de vista de la decoración arquitectónica, los palacios funerarios introducen una importante novedad: los muros exteriores están modulados en entrantes y salientes. Los palacios funerarios incorporan este motivo arquitectónico, característico de la residencia real en este momento y

representado en dos dimensiones por el serekh. El palacio funerario mejor conservado es el de Khasekhemuy, último rey de la II dinastía. Todo esto nos permite comprender la función de los palacios funerarios. Como el complejo de Netjerkhet, se trataría, por un lado, de recintos para el culto funerario del rey difunto y, por otro, de espacios rituales para que su ka pudiera seguir celebrando las fiestas regias en el más allá, para beneficio de la comunidad.

Paralelamente a la construcción de los complejos funerarios de Abydos, durante la I dinastía se inauguró también, como queda dicho, la necrópolis menfita, con la construcción de una serie de mastabas monumentales en Saqqara norte, enfrente de Menfis. Al lado de buena parte de estas tumbas se enterraron barcas funerarias y, junto a la más antigua, de tiempos de Aha, fue construida, también en adobe, una verdadera finca agrícola en miniatura, con sus almacenes y graneros (“graneros de ultratumba”). sacrificios y graneros, muerte y vida: una vez más los dos aspectos, terrible y benéfico, de lo sagrado, que el rey encarna.

Los reyes de la primera mitad de la II dinastía abandonaron el cementerio ancestral de Abydos como lugar de enterramiento y se enterraron (sólo) en Saqqara. Los tres primeros, Hotepsekhemuy, Nebre y Ninetjer, construyeron dos grandes sepulcros. Los nombres de los primeros dos reyes de la dinastía son significativos en términos políticos y simbólicos. Hotepsekhemuy significa «Los Dos Poderosos están en paz (en él)», en alusión a Set y Horus, dioses simbólicos respectivamente del Alto y Bajo Egipto, lo cual enfatiza el necesario equilibrio entre las dos mitades del país y tal vez preludia los acontecimientos posteriores. Nebre significa «Re es (mi) señor», lo cual evidencia la progresiva introducción de elementos solares en la esfera de la ideología regia. Las listas reales ramésidas y manetonianas se hacen eco de la profunda crisis político-cultural que debió atravesar el Estado egipcio en la segunda mitad de la II dinastía. En efecto, los nombres que dan no tienen ninguna relación con los nombres transmitidos por la documentación tinita, y las propias listas difieren unas de otras, como ocurre cada vez que se registran períodos de crisis y de descentralización política («Períodos Intermedios»). Las listas tinitas, por su parte, se extinguen tras los primeros tres reinados de la dinastía. Pero la documentación tinita nos ha transmitido cuatro nombres reales de la segunda mitad de la dinastía: Sekhemib-Perenmaat, Peribsen, Khasekhem y Khasekhemuy. Esta documentación, relativamente abundante, procede casi exclusivamente del Alto Egipto. Sólo se conocen dos complejos funerarios vinculados a estos reyes: los de Peribsen y Khasekhemuy, ambos en el cementerio de Abydos. Estos reyes, pues, abandonaron Saqqara como lugar de enterramiento y volvieron al cementerio ancestral de la realeza tinita y altoegipcia predinástica. La existencia de tan sólo dos sepulcros para cuatro nombres y el hecho de que buena parte de la documentación del primero se haya hallado en la tumba del segundo han hecho pensar que tras estos cuatro nombres hay, en realidad, tan sólo dos personajes que, en un momento dado de sus reinados y por razones difíciles de determinar, modificaron sus nombres. el nombre de Peribsen está escrito en un serekh coronado por el animal de Set y el de Khasekhemuy en uno coronado conjuntamente por el halcón de Horus y el animal de Set. Habida cuenta de los roles de Set y Horus como dioses simbólicos del Alto y Bajo Egipto, podría tratarse de una suerte de «reivindicación» del sur frente al norte. Probablemente estos reyes reinarían sólo en el Alto Egipto, tras una escisión del país, y allí se distribuiría su documentación y se enterrarían. los motivos concretos escogidos podrían tener un trasfondo histórico. Khasekhem habría subido al trono como rey del Alto Egipto y habría emprendido una serie de acciones militares para volver a someter el «norte» a su autoridad.

Cesadas las hostilidades y reunificadas las Dos Tierras, Khasekhem habría modificado su nombre en Khasekhemuy, que quiere decir, significativamente, «Los Dos Poderosos se manifiestan (en él)» y habría coronado su serekh con el halcón de Horus y el animal de Set. Su nombre por el título de Nesu-bit es Nebuy-hotepimef, «Los Dos Señores están en paz en él» (siempre por Horus y Set). el Estado experimenta un proceso de reforma que lo refuerza y conduce a una cada vez mayor centralización, lo cual prepara el

advenimiento del poderoso aparato estatal centralizado del Reino Antiguo, inaugurado por Netjerkhet, hijo y sucesor de Khasekhemuy.

Administración y economía en la Época Tinita

La razón principal de la expansión del reino del Alto Egipto a fines del Predinástico tanto hacia el sur como, hacia el norte fue la voluntad de controlar directamente las vías de llegada de materias primas y bienes de prestigio procedentes de África y el Próximo Oriente, de contar con nuevas y amplias extensiones de tierra fértil bajo control directo del rey y de la élite. Una vez asegurado este control, gracias a la unificación, la noción cultural de «prestigio» fue trasladándose del ámbito de los bienes muebles al de los complejos funerarios regios, que, por su nuevo tamaño y complejidad, los reemplazaron en su carácter de marcadores sociales de la realeza. El aprovisionamiento de las tumbas reales y el mantenimiento de los cultos funerarios regios requerían la movilización de una gran cantidad de recursos agropecuarios, como quiera que ese aprovisionamiento y ese culto se basaban en los productos alimentarios. Esto supuso que, ya desde comienzos del dinástico, se pusiera en marcha una verdadera «colonización interna», un proceso de creación por parte de la monarquía, de fincas agrícolas, ganaderas e industriales en el interior del territorio del nuevo Estado unificado, y en especial, precisamente, en las nuevas extensiones de tierras disponibles en el Delta occidental, para el abastecimiento prioritario de la tumba real y del culto funerario a ella asociado. Parece, en todo caso, que también una parte de la producción de las fincas funerarias era destinada a estas necesidades socioeconómicas del estado.

Las mencionadas fuentes epigráficas nos hablan de dos tipos de fundaciones reales: *las grandes explotaciones agropecuarias*, la más antigua de las cuales data de los tiempos de Djer, tercer rey de la I dinastía; y *las fincas con una producción agrícola, ganadera o industrial más especializada*, documentadas desde el reinado de Djet, sucesor de Djer. Son *unidades socioeconómicas complejas*, organizadas jerárquicamente, que suponen un despliegue de medios, personas y conocimientos fuera del alcance de las comunidades aldeanas o de los grupos de parentesco. Comportan un territorio definido, una comunidad de colonos y una administración propia, en cuya cima se hallan distintos tipos de funcionarios.

El excedente de producción de estas fincas funerarias se destinaría al abastecimiento de la corte y del Estado y es probable, asimismo, que hubiera fincas dedicadas en exclusiva a ello. *Pero la fuente más importante de recursos del Estado era, sin duda, la tributación.* En efecto, la mayor parte de la población de Egipto era campesina y seguía residiendo en los centros urbanos y, sobre todo, en los centenares de aldeas. Las comunidades aldeanas, encargadas de la producción primaria, trabajaban para su propio abastecimiento y para hacer frente a las exigencias de la tributación. Ésta era, junto con las prestaciones de trabajo relacionadas con la actividad constructora de los reyes, la principal obligación de las aldeas para con el Estado. *El Estado intervenía relativamente poco en la vida interna de las aldeas. La organización social de las mismas seguía dependiendo del parentesco.* En efecto, como hemos dicho al analizar el proceso de surgimiento del Estado, una vez impuesta la práctica estatal como marco global de organización del conjunto de la sociedad, el parentesco habría permanecido como articulador interno de las comunidades aldeanas. El Estado no se relacionaba con cada unidad doméstica, sino con la comunidad aldeana como un todo, y el tributo exigido era comunal. También el reclutamiento para las prestaciones de trabajo parece haberse basado en los grupos de parentesco. La aldea estaba gobernada por un consejo de notables y por un líder (heqa), responsable ante los funcionarios del Estado. Estos notables constituían la élite local y tenían competencias judiciales, civiles y económicas.

La producción de las fundaciones reales y los tributos de las ciudades y de las aldeas eran recaudados por una institución del Estado especializada en ello: el Tesoro, que en la epigrafía tinita recibe el nombre de perhedj, «la Casa Blanca» (desde Meretneit y Den) o per-deshet, «la Casa Roja» (desde Andjib). Como quiera que el blanco y el rojo son los colores de las coronas del Alto y Bajo Egipto, podría pensarse que cada

mitad del país tuvo su propio Tesoro. La actividad recaudatoria fue distinta en las dos partes del país, puesto que en el valle, donde los campos de cultivo se alinean en los márgenes del río, se llevaba a cabo por vía fluvial, mientras que en el Delta, la extensión de las tierras cultivadas hacía necesaria la combinación de transporte fluvial y terrestre. Desde fines de la I dinastía, el título «escriba», se aplica a funcionarios de bajo rango, que no poseen un título superior, lo cual permite suponer que el conocimiento de la escritura era un requisito imprescindible.

Un subdepartamento del Tesoro se encargaba del almacenamiento de los productos agropecuarios recaudados. Una buena parte de éstos se destina a la redistribución directa, pero otra pasaba a diversos centros de procesamiento para la manufactura de productos secundarios. Parte de estos productos secundarios se sumaban a los primarios para la redistribución, mientras que otra parte se destinaba al comercio y los intercambios. Los beneficiarios de la redistribución eran los funcionarios y empleados de la Administración estatal y los grupos dependientes de un modo u otro del Estado, así como la población en general, en caso de emergencia (años de malas cosechas). La seguridad que el Estado suponía en este sentido debía ser un aliciente más para que la población viera en él una institución necesaria.

Una institución paralela al Tesoro, pero distinta, era el *per-nesu* la «Casa del Rey», que administraba las fincas propiedad directa del soberano y se encargaba de la recaudación de sus productos y del abastecimiento del palacio real. El per-nesu no dependía del gobierno del Estado, como las fundaciones funerarias regias, sino directamente del rey, y era administrado por un hombre de confianza.

Es posible que a partir del sistema de las fundaciones reales y de los mecanismos de la tributación fuera tomando forma, ya desde la Época Tinita, una organización provincial del país.

En la cima de todo el aparato administrativo del Estado, e inmediatamente por debajo del rey, se encontraba el visir. A este cargo correspondía un título tripartito: *taity zab tjaty*. Cada elemento del título parece haberse referido a un ámbito distinto del poder: el último (que traducimos propiamente por «visir»), al ejecutivo y administrativo; el segundo (que traducimos por «dignatario»), al judicial; y el primero, al simbólico, como quiera que *taity* significa literalmente «el de la cortina», lo cual remite al mundo íntimo de la corte y de los cuidados debidos a la persona sagrada del rey.

Todos estos títulos, incluido el de visir, eran ostentados por miembros de la familia o del «clan» real. La élite estatal siguió rigiéndose internamente según las normas del parentesco, y muy especialmente en los primeros tiempos. Las fuentes epigráficas hablan de los *pat*, que podríamos traducir por «élite estatal parental». Durante la Época Tinita y el Reino Antiguo, los *pat* concentraron los puestos de mayor responsabilidad e influencia del aparato estatal.

Trabajo Práctico N°3: Análisis Iconográfico de Fuentes

Iconografía Egipcia

Tumba 100 de Hieracompolis (predinástico)

serán representados seis barcos, uno con un color especial, que es el que traslada al faraón, en una procesión por el Nilo. Estos barcos simbolizan el tiempo (haciendo referencia a la barca del renacer de Osiris). También puede marcar lo previo a la fiesta Sed. (buscando legitimación y revitalización). Representación del señor de los animales, faraón como garante del orden. El desorden de alrededor solo puede ser resuelto por el faraón.

Garante de Maat (orden cósmico).

Escena de caza, masacre del enemigo.

Paleta de las ciudades (Protodinástico, a años de la dinastía 0)

Se reconocen las ciudades por las murallas, el horus o el escorpión con una sada (para hacer el surco para generar el canal). Muralla y sada, dos elementos que marcan la ciudad.

Representa la fundación de ciudades. Cada uno de los símbolos puede ser un emblema político. Detenta el poder quien urbanizó a la ciudad.

→ símbolo de Libia: conquistadores de Libia. Egipto conquista y urbanizar las ciudades libias. Se puede hablar del concepto de frontera. Con el triunfo de Egipto se puede hablar de un triunfo del orden sobre el caos, las ciudades libias eran consideradas "bárbaras".

Cabeza de maza de escorpión (ppios dinastía 0)

corona blanca, alto Egipto. no hay cartucho ni serek, lo único que puede darle nombre es el escorpión, y la roseta (se utiliza cuando se habla de la realeza).Estandartes reales.

Ambiente: del Bajo Egipto (papiros) con corona del alto→ unificación de las dos regiones, subordinación del Bajo Egipto.

Cabeza de Maza de Narmer

corona roja (bajo Egipto) y roseta. Hay un serekh con el nombre de Narmer (pez, con un cincel). Está representada la diosa buitre del alto Egipto (Narmer del alto Egipto, con la corona roja, protegido por la diosa buitre)

Los mojones representan el territorio conquistado, Narmer conquistó el territorio de los enemigos.

Paleta de Narmer

Serek con el pez y el cincel. Batalla por el control de las dos regiones. Logra conquistar al Delta que estaba en manos de los Libios.

Izquierda: dinasta con la corona roja del Bajo Egipto. En la parte derecha del registro superior se ven a los enemigos decapitados. Narmer como garante de la Maat, orden cósmico. En el registro del medio se ve esa dualidad, ese intento de controlar el caos.

Derecha: Serek de Narmer, este se ve con la corona del alto Egipto. En la parte superior, se ve representada a la diosa vaca Bat (fertilidad). En el registro del medio, se ve al Horus con la cabeza del enemigo (papiros). La masa que sostiene el dinasta indica la masacre del enemigo. En el registro inferior se ve a los enemigos derrotados. Está cara muestra la unificación de las dos regiones.

Iconografía Mesopotámica

Gliptica de Uruk (Predinástico)

Escenas de trabajo. el poder gira en torno al templo. Se puede ver cómo llevan ofrendas al templo (de Inanna). Poder centrado en el "En".

Vaso de Uruk

nos muestra como el "En" dirige los tributos a la diosa Inanna. El es quien envía a realizar el vaso para demostrar que es el intermediario con esa diosa. la realeza no es divina.

Función fundamental del templo, almacén y centro de redistribución.

Unidad 4

Las Ciudades Estado de la Baja Mesopotamia

La Mesopotamia Protodynastica

La situación étnica y demográfica

La secuencia formada por el Protodinástico II (c. 2750-2600 a.C), IIIa (c.2600-2450 a.C) y IIIb (c.2450-2350 a.C) presenta un desarrollo homogéneo. Comparada con la preponderancia y el relativo aislamiento de Uruk, la situación geográfica, productiva y política del Protodinástico II-III se caracteriza por un policentrismo más acusado, con una serie de ciudades estado de dimensiones similares que se hacen la competencia entre sí. Al sur están Uruk, Ur y Eridu, al este Lagash y Umma, en el centro Adab, Shuruppak y Nippur, y al norte Kish y Eshnunna (en los cursos del Tigris y el Eufrestes están Assur y Mari, nuevos centros de la expansión sumeria). Más allá, la influencia política y comercial irradia en las direcciones acostumbradas: hacia el golfo Pérsico, la meseta iraní, el sureste anatólico y Siria.

Durante este periodo la población de la llanura mesopotámica es muy superior y está mucho mejor repartida regionalmente. La red de canales es la base de este sistema territorial integrado. En las zonas de regadío, pobladas y cultivadas, perdura la estructura de varios niveles: capital central, centros intermedios (con funciones administrativas y productoras-transformadoras descentralizadas) y aldeas. Junto a las viejas aldeas donde viven núcleos de campesinos libres, aunque sujetos a las prestaciones y tributos al templo de la ciudad, aparecen ya asentamientos agrícolas que son una emanación directa de la organización centralizada, se encargan de cultivar las tierras de los templos con mano de obra no libre.

En el marco de esta diversidad de asentamientos en la llanura, también debemos incluir a los grupos de pastores; y en el de las variedades regionales, una diferencia entre el norte y el sur que es ecológica y sociopolítica a un tiempo. La diferencia ecológica es la mayor facilidad de la parte alta para controlar los cursos de agua. La diferencia sociopolítica es el papel preponderante que posee en el sur la colonización del templo, sin duda administrada, mientras que en el norte queda un espacio más amplio para la población "libre". ***En el ámbito político se ha demostrado que las ciudades no se consideraban lingüísticamente exclusivas, ni consideraban que los conflictos entre ellas fueran étnicos.***

En el Protodinástico II-III los documentos suelen estar escritos en sumerio, y esto dice mucho acerca de la preponderancia de este elemento. El análisis de la distribución de nombres propios demuestra que los semitas (acadios) ya estaban presentes en esta fase (y tal vez antes); y que a una proporción mayor de sumerios en el sur se opone una mayor presencia de acadios en el norte, en evidente conexión con la localización más compacta de los pueblos de lengua semítica.

En cualquier caso, nos encontramos con una mezcla lingüística, que se acentúa cuando examinamos las zonas contiguas. En el II milenio los habitantes de Mesopotamia tenían una clara conciencia de la diversidad de lenguas, como se desprende de la existencia de oficios como el intérprete e instrumentos de escribas como el vocabulario plurilingüe.

La ciudad-templo y la estructura social

En el periodo Protodinástico, el centro directivo se sitúa aparte, como "**palacio**", mientras el templo conserva sus funciones de culto y también sus consolidadas funciones económicas, aunque ya están integradas en la organización global. En el reparto de funciones entre el templo y el palacio, el primero se queda con la primacía ideológica (incluyendo la legitimación divina del poder), pero el segundo se queda con la primacía operativa.

En el ámbito de la organización interna es importante señalar que la visión mesopotámica reúne templos, palacios y casas familiares en la categoría unitaria de "casa", en el sentido de unidad productiva y administrativa, célula básica de la sociedad. Si las casas privadas sin patrimonio y residencia de sus propietarios, y sedes de sus actividades económicas, también los templos son patrimonio y residencia del dios, y sede de las actividades económicas realizadas en su nombre. El palacio es una "casa grande" (e-gal),

establece con las demás casas, ya sean privadas o del templo, una relación de dependencia y tributabilidad. Los palacios aparecen a partir del Protodinástico IIIa. A una clase dirigente del templo, como había sido la clase dirigente de la ciudad-templo desde el periodo de Uruk Antiguo hasta el Protodinástico I, le sucede una clase dirigente "laica", de tentadora de un poder que mantienen una relación dialéctica con su propio centro de legitimación y necesita afianzar una imagen personalizada de la realeza, haciendo hincapié en unas "dotes" humanas y socialmente comprensibles, como la fuerza o la justicia.

De todas formas, sigue siendo muy importante la función económica (además de ideológica) del templo. Pero ya está más matizada y condicionada por la existencia del palacio. La coordinación de los templos entre sí y con el palacio es una necesidad ideológica y administrativa. La red de propiedades y actividades económicas de los templos se organiza a través de la familia real, cuyos miembros son "titulares", a escala humana, de los templos, reflejo de la estructura familiar divina. El templo deja de ser el centro y se convierte en una célula del **estado palatino**, cohesionada, pero similar a las otras células. En el interior del templo hay una jerarquía de administradores sacerdotes. El templo se ocupa de varios sectores: la administración, el almacenamiento, los servicios, y la producción primaria. Entre los distintos sectores y niveles, hay un gran número de personas, una gran extensión de tierras de cultivo y una proporción importante de las actividades económicas que dependen del templo.

→ La influencia de la «gran organización» del templo o el palacio sobre el destino de las comunidades de aldea es muy grande. La población de las aldeas tiene que contribuir a la acumulación central de productos, sobre todo de dos maneras: mediante la cesión de una parte del producto, o mediante prestación de trabajo (generalmente agrícola y, cuando es necesario, militar). Además, la organización central penetra en el campo. Lo hace físicamente, con obras de infraestructura hidráulica y roturación de nuevas tierras, destinadas a ser explotadas directamente por el templo y sus dependientes. También penetra con una descentralización de funciones administrativas, que tienden a convertir las aldeas autosuficientes en piezas del sistema centralizado. Por último, penetra sobre todo como el principal terrateniente.

Aunque amplias capas de la población permanecen "libres" en sus aldeas, la parte de la población que depende del templo de forma integrada (es decir, económicamente y no solo políticamente), y más adelante del palacio, es cada vez más numerosa, y sobre todo es la dominante. Empieza a destacar una clase de administradores, comerciantes, escribas y artesanos especializados que giran en torno al templo y es portadora de una cultura muy viva, con afanes de innovación, racionalización y también enriquecimiento.

La distinción en el aspecto funcional entre los dependientes del templo (especialistas) y los hombres «libres» (productores de alimento), que desde la época de Uruk había sido muy tajante, empieza a convertirse, inevitablemente, en una superposición económica de carácter clasista. Por ahora la base de la pirámide está bien dividida en el aspecto jurídico, sin que haya confusión posible entre los miembros libres de las comunidades de aldea y los siervos de los templos, que cultivan las tierras de los especialistas y las de los templos. Pero a medida que los aldeanos se empobrecen y sus miembros se ven obligados a vender las tierras, esta distinción se esfuma y se forma un campesinado no propietario que no tiene más remedio que depender de la gran organización, o de miembros concretos de ella, para poder sobrevivir. (todo esto es lo que Wiesheu refuta)

La tierra y el trabajo

La base económica de la civilización Protodinástica sigue siendo la explotación agropecuaria de la llanura mesopotámica, y tanto la artesanía como el comercio son actividades derivadas. La implantación de las "grandes organizaciones" sobre esta base agropecuaria es un proceso ambicioso y difícil de llevar a cabo, que solo culminada a finales del III milenio, con la III dinastía de Ir. La novedad del Protodinástico es la

existencia de **textos administrativos**, que completan los datos arqueológicos, proporcionando una visión más concreta.

La arqueología nos presenta un paisaje mixto de tierras de cultivo intensivo. En las zonas donde hay un contacto más directo con el agua se cultivan hortalizas y árboles, pero la mayor parte de la tierra se reserva al cultivo de cereales: cebada, trigo y avena. Los rendimientos siguen siendo muy elevados ya que todavía no intervienen los factores de degradación (sobreirrigación, salinización) que tantos problemas crearán a la agricultura del Sur mesopotámico en los siglos posteriores. Con estos rendimientos no resulta difícil acumular excedentes para el sustento de los especialistas y las clases dirigentes administrativas y sacerdotales, ya que buena parte de las cosechas va a parar a los silos de los templos y los palacios. Estos excedentes ponen en marcha el mecanismo redistributivo, que ya hemos visto en acción en la época de la primera urbanización. Pero se advierten ciertas diferencias. Al parecer, el sistema redistributivo de Uruk se basaba en el reparto directo de raciones alimentarias. En cambio, durante el periodo Protodinástico, aunque se siguen repartiendo raciones entre el personal accesorio (campesinos que realizan prestaciones periódicas), parece que la redistribución entre los dependientes fijos se realiza de otras formas, como la retención de una porción de las cosechas por parte de los colonos, o la entrega de tierras para los especialistas urbanos. Es un sistema más evolucionado, y también más estable, aunque la estabilidad favorece a los dependientes, mientras que para el templo señala el principio de una parcelación de las tierras en propiedad.

En los centros urbanos conocemos los progresos de una artesanía de gran calidad, así como los del comercio a larga distancia que proporciona los materiales. Los materiales valiosos eran asequibles, y denotan una maestría artesanal que sitúa a la Baja Mesopotamia del Protodinástico III en la posición más avanzada de la tecnología protohistórica. Los ajuares encontrados en las tumbas reales de Ur documentan esta situación en su nivel socioeconómico más elevado. También, los textos administrativos dan los primeros detalles explícitos sobre la organización artesanal, los procedimientos técnicos y la terminología de los materiales, confirmando el control del templo y del palacio sobre los sectores de la transformación especializada.

En las propias ciudades hay fuertes concentraciones de mano de obra. Molienda de cereales: la producción de harinas es el resultado del trabajo largo y penoso de mujeres con sencillos molinos de piedra. Sector textil: la hilatura y el tejido también se realizan con instrumentos neolíticos. Estos sectores con gran concentración de trabajo de bajo nivel técnico contrastan con todos los demás sectores de la transformación de los que se ocupan grupos reducidos de artesanos especializados.

El gobierno de las ciudades: entre administración e ideología

Cada ciudad es gobernada por una dinastía local, cuyo título varía de unas ciudades a otras. En Uruk se usa el término en «(gran) sacerdote», en Lagash el término ensi «artífice (del dios)», y en Ur y Kish el término lugal «rey». No son términos equivalentes, ni por sus implicaciones ideológicas ni por su valor político. El primero (“En”) subraya que el poder real procede del ámbito del templo, donde tuvo su primera formulación. El segundo (“Ensi”) presenta al dinasta como dependiente del dios ciudadano, o mejor dicho, como su administrador fiduciario. El tercero (“Lugal”) (literalmente «hombre grande»), que destaca las dotes propiamente humanas, y es paralelo al término é-gal «palacio» (literalmente «casa grande»), sólo aparece en la época protodinástica, mientras que los otros dos están atestiguados en la época Uruk. En un sentido más estrictamente político, el término ensi puede implicar también una dependencia a nivel humano, de modo que los reyes más poderosos, cuando aplican una política hegemónica con respecto a otros estados ciudadanos y potencian su actividad bélica, tienden a darse el título de *lugal*.

La situación es compleja y variable. Se pasa de una identificación más completa del poder político con el templo a una separación entre el culto y la política. La aparición de la realeza «laica» (la que corresponde a

los términos é-gal y lugal) es una cuestión, hasta cierto punto, contradictoria. En el plano ideológico sigue siendo fundamental la legitimación divina de la realeza, y por lo tanto la subordinación del rey al dios, y la presentación de su obra como una fiel y eficaz realización de la voluntad divina. Pero en el plano administrativo surge la necesidad de subordinar los templos a la administración estatal unificada, convirtiéndolos en puntos cruciales o articulaciones internas sometidos al poder de decisión del palacio. La primera cuestión tiene un alcance más amplio y afecta a las relaciones del rey con toda la población, mientras que la segunda afecta sobre todo a las relaciones de fuerza en el interior de la clase dirigente.

→ problema de las relaciones entre las ciudades estado: no sólo en la política concreta económica y militar, que se traduce en guerras fronterizas endémicas e intentos ocasionales de hegemonía, sino también en un plano más «elevado», jurídico-ideológico. La pluralidad de dioses, reconocida por todos, hace que se considere legítima una pluralidad de centros políticos, más o menos uno por ciudad. Desde el punto de vista de cada ciudad se tiende a elevar el rango del dios propio, colocándolo por encima de los de las otras ciudades. Se formulan unas «teologías» y genealogías divinas que varían de unas ciudades a otras, y de acuerdo con ello tampoco se considera que las relaciones entre estados tengan que ser necesariamente de igual a igual, sino que estarían sujetas a una escala de valores. Además, a la pluralidad sincrónica se añade una pluralidad diacrónica: también en la misma ciudad se suceden diferentes dinastías, y los cambios de manos del poder requieren una justificación teológica. Por lo tanto, la unidad básica es la bala (dinastía), vinculada a una ciudad y al dios correspondiente, que concede o retira su aval según el comportamiento de los monarcas. También se abre camino la idea de una realeza única, que circula entre las distintas ciudades, de dinastía en dinastía, con formas hegemónicas que añaden su origen práctico a una justificación teológica. Veremos cómo los reyes más poderosos se arrogan el derecho a dirimir conflictos entre las demás ciudades, o asumen títulos que revelan su control sobre otras ciudades.

→ Distinto es el caso de Nippur, ya que es vista como un elemento de mediación y unificación. En esta ciudad nunca encontramos una dinastía hegemónica, pero al tratarse de la ciudad de Enlil (dios supremo) ocupa una posición central. Los distintos reyes hacen ofrendas votivas al santuario de Enlil (Ekur), y buscan una legitimación por parte del dios para un poder que ya poseen.

Los reyes de las ciudades estado sumerias, una vez lograda la legitimación interna (basada en la aprobación o el sometimiento de la clase sacerdotal local) y la legitimación externa (aprobación de Nippur, red de relaciones con las demás ciudades), son esencialmente unos administradores del territorio de la ciudad, entendido como una gran finca. El dios es el dueño de la propiedad y de sus habitantes, y el rey su administrador delegado.

→ el rey es el amo, siempre que respete las convenciones sociales y religiosas que hacen que la población le reconozca como legítimo. Sus funciones básicas son: administración permanente de la economía y la defensa ocasional contra los ataques enemigos. Debe crear y controlar las infraestructuras productivas y el sistema redistributivo (las buenas cosechas se deben al dios). Los planos de responsabilidad son dos: uno divino y otro real. Hay una tercera función: el culto. El rey, además de ser el responsable directo de la comunidad humana de su reino, es responsable de las buenas relaciones con la divinidad para evitar los desastres naturales u otras calamidades.

El problema de la legitimidad es completamente ideológico. La justificación del poder, en realidad, procede de la capacidad para ejercerlo (monopolio legítimo de la coerción). El rey que sucede a su predecesor por la vía hereditaria normal tiene una legitimidad obvia, pero no ocurre lo mismo con los usurpadores o los reyes nuevos. Estos tratan de justificar su posición argumentando que, si el dios les ha elegido a ellos entre una multitud ilimitada de posibles candidatos, es porque sin duda poseen las dotes especialísimas del buen rey. El nuevo rey se tendrá que preocupar de cuidar con esmero su relación con el dios: el culto diario, las fiestas mensuales, las fiestas anuales, etc.

→ Esta combinación del funcionamiento administrativo de la gran máquina redistributiva y su justificación religiosa es algo irrenunciable, ya que la máquina se basa en unas desigualdades demasiado evidentes y dolorosas, y no se puede apoyar únicamente en sus mecanismos materiales. El campesino mesopotámico, oprimido por los incontrolables fenómenos naturales y la insoportable administración central, necesita saber que se hace lo posible para que todo esté controlado y funcione con eficacia y justicia, en función del bien común, cuya hipóstasis es el dios de la ciudad. Pero mientras el templo despersonalizado no necesitaba crear una imagen que trascendiera su propia existencia, el rey -ser humano cuyo papel podría ser representado, o por lo menos codiciado, por muchos otros seres humanos- necesita crear una imagen que le haga aparecer como fuerte, justo y capaz.

El mundo divino y la fundación mítica

Si la "revolución urbana" había creado el panteón politeísta con divinidades «especializadas» en los distintos ámbitos de la vida económica y social, la consolidación y el desarrollo de los estados crea la necesidad de una «fundación» ideológica del poder (a través de mitos, ideología religiosa). La figura del dios ciudadano desempeña una función vital en la centralización de los recursos, los procesos redistributivos, la justificación ideológica del poder y la aprobación y movilización laboral de todos los ciudadanos. El mundo divino también es la superposición de una serie de «explicaciones» de carácter mitológico (no sólo cultural mecanismo de las ofrendas que se llevan al templo todos los días). El sistema redistributivo general, con sus desigualdades, se sublima y justifica al conectarlo con el sistema de las ofrendas al templo. En la realidad, la movilización de trabajadores y la concentración de los excedentes de alimento se realizan dentro del marco de una organización racional de los recursos económicos, pero al mismo tiempo se enmarcan en el ámbito de las relaciones entre el mundo humano y el mundo divino. Los campesinos que mantienen a la capa privilegiada de la ciudad creen que están manteniendo a la divinidad. El sistema redistributivo, que al ser demasiado amplio y desequilibrado ya no es visto como una centralización de las relaciones de reciprocidad (intercambio de obsequios y prestaciones), se apoya en el concepto de «consumo», pero esta vez los consumidores son sobrenaturales.

→ Igual de importante es la justificación "mítica" del mundo en sus formas actuales. Consiste en situar la figura de un dios o un héroe fundador en el origen de los aspectos físicos y culturales de la vida actual. La primera organización del mundo se sitúa en un pasado inicial, y se atribuye a un dios supremo, mientras que otros aspectos más específicos se atribuyen a distintas divinidades, que siguen «funcionando» en ese determinado sector. Sin una separación clara, van apareciendo seres semidivinos o incluso no divinos, que suelen ser reyes antiquísimos, a los que se debe la introducción de nuevos elementos en la organización sociopolítica, el progreso técnico, o simplemente el paisaje urbano. A los dioses les corresponde la "fundación" de los hechos naturales, y a los hombres la "fundación" de las instituciones sociales. Todas estas historias míticas, con una intención fundadora más o menos obvia, están sujetas a un proceso de reinterpretación y nueva redacción a medida que cambian los problemas y las situaciones. Los problemas que tratan de resolver los mitos están «datados». No se puede afirmar que el conjunto de los «mitos de fundación» se remonte al periodo Protodinástico. A veces fundan realidades posteriores. Así, la cuestión de la inmortalidad del rey (que es el eje del mito de Gilgamesh) se plantea cuando aparece la costumbre de divinizar al rey (cuya supuesta inmortalidad se somete a la prueba de los hechos, y por tanto requiere una explicación). Ahora bien, esta práctica sólo empieza con la dinastía de Akkad. En cambio, un mito como el de Adapa, que también ha llegado hasta nosotros a través de una redacción más reciente, se puede remontar en su primera formulación a una época muy antigua, pues antigua es la cuestión que lo suscita: hacer saber a la población que los sacerdotes no comen el alimento divino, y que aunque habitan en la morada del dios, ellos no son dioses.

Rivalidades y Hegemonías

Mientras la *lista real sumeria* nos presenta un cuadro seleccionado y unitario, con el motivo recurrente de una dinastía que desplaza a otra, partiendo de los monumentos e inscripciones de la época se reconstruye un cuadro de dinastías contemporáneas que compiten constantemente entre sí. En el caso de los hallazgos, la secuencia que mejor conocemos es la de Lagash, y la disputa mejor documentada la que enfrenta a Lagash con Umma, ciudades vecinas, por el control de un territorio (el gu-edinna) con abundantes cultivos y pastos. A partir de los documentos de los reyes de Lagash podemos reconstruir las vicisitudes de la disputa, desde las primeras escaramuzas y un punto de referencia jurídico como es el arbitraje de Mesilim, rey de Kish, hasta los episodios más recientes. Umma siempre aparece como el enemigo agresivo, injusto y falsario, y Lagash como ciudad justa, agredida y victoriosa. La disputa llega a su punto culminante con Eannatum, a quien debemos la famosa «estela de los buitres», en la que el relato escrito se yuxtapone a la representación icónica, que no es menos elocuente en su visualización de la relación entre vencedores y vencidos. Dada la insistencia de los textos de Lagash en este tema, sin duda debió ser un conflicto muy importante en el ámbito político y económico. Pero está claro que la disputa por el gu-edinna no es la única ni la más importante de la Mesopotamia protodinástica. Nos sirve sobre todo para hacernos una idea de cómo eran las relaciones entre las ciudades estado, con frecuentes enfrentamientos por la posesión de tierras intermedias. Su ideologización las convierte en disputas entre dioses, y se advierte una correspondencia entre un plano bélico operativo y un plano jurídico justificador.

→ esto nos muestra cómo era el panorama en ese momento: incursiones contra ciudades más lejanas, con las que se pretende alcanzar una posición hegemónica en el tablero de las ciudades estado, o evitar que otras lo alcancen. Para el vencedor es importante conseguir tratamientos más prestigiosos, como el de lugal. La meta ideológica es el aval de Nippur, mientras que los dos polos políticos del poder en Baja Mesopotamia están representados en Uruk y en lugal Kis.

El afán de hegemonía se va transformando en un afán de dominio universal. El proyecto parece factible cuando se manejan dos datos: la sensación de que el «mundo» coincide con la llanura de la Baja Mesopotamia, fértil, densamente poblada y rodeada de una periferia montañosa y vacía; y la irradiación de los centros sumerios o vinculados a la cultura sumeria en varias direcciones, desde Susa, en el este, a Mari en el Éufrates medio y Assur en el Tigris medio. A través de estas ramificaciones, el mundo político mesopotámico considera que puede llegar a los confines «naturales» del mundo. Estos confines son el «mar inferior» (golfo Pérsico) y el «mar superior» (Mediterráneo). Hay una sucesión de situaciones que subrayan los aspectos universalistas. Se conocen dos episodios significativos. El rey de Adab, Lugalannemundu, aparece en la lista real como único rey de la única dinastía de Adab digna de ser incluida. Es una falsificación, ya que pretende hacer creer que el dominio del rey se extendió por toda la periferia de mesopotamia.

→ Más claro es el caso de Lugalzaggesi de Uruk, del que sabemos que derrotó y sometió Ur, Larsa, Umma, Nippur y por último Lagash, controlando así toda la Baja Mesopotamia. Aunque sus dominios no tenían una extensión universal, ni siquiera para el «mapa mental» mesopotámico, Lugalzaggesi se atreve a afirmar que los confines de su poder se hallan en el «mar inferior» y el «mar superior». Estas afirmaciones podrían ser «fugas hacia adelante» con respecto a la realidad política concreta, pero no meras invenciones (pues se corría el riesgo de perder la credibilidad ante un público que conocía la situación real). Por ello se puede suponer que Lugalzaggesi llegó realmente al Mediterráneo. Pudo hacerlo personalmente, a través de enviados o a través de simples alianzas, comerciales o militares. Todo esto es ideológicamente secundario. La ideología del «imperio universal» considera secundarias las formas concretas de su realización: la imaginación precede a la realidad, pero también es un importante estímulo para la realización.

La crisis interna y los edictos de reforma

Lugalzaggesi, fundador del primer "imperio", antes de convertirse en rey de Uruk había sido rey de Umma, de la que heredó la tradicional rivalidad con Lagash. consiguió resolver este conflicto con importantes fuerzas militares. Lagash ha dejado su propia versión de los hechos, que nos sirve para valorar de una manera más matizada la importancia real del imperio de Lugalzaggesi. Vemos así que, incluso después de la victoria de Uruk, el ensi de Lagash, **Urukagina**, todavía es capaz de publicar sus propias inscripciones, señal de que conserva el poder local. En dichas inscripciones Urukagina osa denunciar que la victoria de Uruk es un caso de prevaricación, señalando las responsabilidades del dios de Lugalzaggesi frente a su propio dios, y dejando abierta la posibilidad de un castigo. A Urukagina se le conoce por su guerra contra Lugalzaggesi y por un edicto de reforma que arroja luz sobre los problemas sociales de su tiempo. No cabe duda de que era un usurpador, y precisamente por eso hace hincapié en que no tiene nada que ver con sus antecesores. Urukagina acusa a sus antecesores de haber tolerado toda clase de abusos por parte del clero y los administradores, en detrimento del pueblo llano, erigiéndose en paladín y protector de este último. El contenido jurídico de su edicto es una serie de medidas que acaban con los abusos, devuelven las libertades conculcadas y restablecen una relación correcta entre la organización estatal y la población. Hay un **claro intento de autolegitimación**, de cara al pueblo, desmarcándose de la administración anterior, pero también se ve claramente que las desviaciones y las medidas correctoras se deben a la crisis socioeconómica de la época.

Al margen de su aspecto propagandístico, estas disposiciones reflejan una realidad social en la que existe una clase socioeconómica abocada al endeudamiento, a ceder sus propiedades e hijos al acreedor, como pago de los intereses. Este proceso desemboca en la pérdida de las pequeñas propiedades familiares, y después en la servidumbre por deudas. Este tipo de servidumbre, que asola a la población «libre», es visto como una grave alteración del orden social, que se debe corregir «devolviendo la libertad». El soberano que publica el edicto de «liberación» se arroga el papel positivo del libertador, y se quita de encima la lacra de ser el responsable del deterioro, Urukagina pasa revista a las causas (lo hace precisamente para diferenciarse de sus antecesores), y las concreta en una serie de abusos personales, es decir, unos hechos que no son consustanciales al sistema, sino desarreglos transitorios. Pero no cabe duda de que el endeudamiento de la clase de los campesinos libres es un fenómeno estrechamente relacionado con las tendencias generales de la época, que aceleran la desaparición de la pequeña propiedad familiar y el aumento de las propiedades del templo y el palacio, así como las de los altos funcionarios. Así pues, la «vuelta al pasado» es un enmascaramiento de los profundos cambios estructurales (exceso de carga fiscal para las comunidades "libres", marginación ante a los polos de desarrollo del templo o palacio).

Integración, conflicto y economía dual en el Dinástico Temprano de Mesopotamia, Wiesheu

→ formación de una entidad urbana y estatal primaria: La misma se gestó con base en la institucionalización del cargo del rey en la transición a la etapa dinástica de la Edad del Bronce. A la par, se produjo un proceso de urbanización mediante el cual gran parte de la población abandonó las comunidades locales para concentrarse en los centros mayores a partir de la última fase predinástica de la era formativa, fenómeno que continuó durante el periodo del Dinástico Temprano (c. 2900 a 2350 a.C.), en el cual además las capitales de las emergentes ciudades-estados sumerias se constituían en centros protegidos por gruesas murallas defensivas.(el origen del estado se puede trazar con base en la cristalización de la monarquía y la aparición de la institucionalización del palacio a partir del periodo dinástico).

Dentro del enfoque tradicional se concibió a la sociedad dinástica temprana de Mesopotamia como altamente centralizada, cuyas instituciones rectoras controlan virtualmente cada uno de los aspectos de la

vida social, económica y política de las ciudades-Estados respectivas. Para esto, solo se usaron los documentos de las instituciones centrales. Tal como apuntan varios autores, en realidad dichos documentos únicamente reflejan las actividades realizadas dentro de esferas restringidas, por lo que los sectores o grupos de la sociedad que no formaban parte de las instituciones centrales no dejaron huella en los registros escritos, en los cuales se contabilizaban principalmente las transacciones económicas llevadas a cabo en los sectores oficiales de las instituciones como el templo y el palacio. Puesto que sólo reflejan las preocupaciones administrativas y los intereses económicos de los sectores centrales, dichos documentos no pueden ser considerados como representativos de la organización global de la sociedad urbana temprana de Mesopotamia.

→ Según Oates, la sociedad urbana temprana de Mesopotamia tenía sin duda una orientación teocrática, pero se tendió a exagerar el papel del templo en la vida diaria de los ciudadanos, sobre todo debido a la naturaleza unilateral de la evidencia. El hecho de que la ciudad pertenecía al dios patrono, no implica que toda la tierra era del templo y que ésta fuera administrada por dicha institución urbana vital. Y aunque no se puede negar la importancia del templo en cuanto fuerza primordial de cohesión social en la transición crucial a la sociedad urbana, el sector central nunca abarcó a la sociedad total, de manera que pese a un alto grado de especialización artesanal y administrativa que se generó dentro de este sector, al parecer incluso los funcionarios de más alto rango participaban en trabajos públicos a la vez que todos los administradores y hombres libres de un modo u otro poseían tierras.

→ en años recientes han surgido diversas críticas al modelo redistributivo. En parte se ha desechado por completo y algunos autores en su lugar han pasado a privilegiar un modelo político de la especialización y del intercambio. Con base en este marco de análisis que busca delinear la interpenetración entre aspectos económicos, políticos y sociales, se afirma que en realidad pocos de los bienes acumulados en las instituciones centrales regresaron a la población y que la única distribución que se dio fue la de una circulación restringida de bienes de prestigio cuyos beneficiarios eran los miembros de la élite y no el conjunto de la población involucrada en la generación de los excedentes.

→ en vez de considerar a éstas sociedades como sumamente integradas y en alto grado centralizadas, se ha resaltado los aspectos de su heterogeneidad y contingencia y se ha llamado la atención sobre la fuerte competencia que existía entre los sectores sociales distintivos y los diversos grupos de interés. Ello ha conducido a la formulación de modelos más flexibles de la sociedad mesopotámica, en los que se hace hincapié en las estrategias políticas, económicas e ideológicas que emplearon las élites que dirigían las instituciones centrales, con el afán de promover sus intereses de diversa índole (como controlar ciertos recursos o lograr la apropiación de mayor excedente rural → tensión entre los distintos actores de la sociedad).

→ las ciudades-Estados sumerias constituían arenas vitales para las luchas sociales y económicas en la temprana Mesopotamia, aparte de que se generaron profundas rivalidades entre estas entidades políticas por tierra, agua y el acceso a rutas de comercio. A su vez, amplios sectores seguían siendo autosuficientes, quedando fuera de la injerencia estatal central.

→ el Estado, pese a que trató de romper la autonomía de los sectores urbanos y rurales locales, no llegó a imponer un control parejo sobre el conjunto de las actividades económicas y sociales. Por lo mismo se asume ahora que el Estado se vio forzado a duplicar gran parte de sus actividades. Las instituciones centrales deben haber operado de la misma manera como unidades económicas con un alto grado de autosuficiencia. El Estado naturalmente centró sus esfuerzos productivos en determinadas categorías de bienes, de manera que hasta cierto punto dirigió y organizó la producción de bienes de prestigio sobre todo en lo que concierne al ámbito urbano pero no parece haber logrado monopolizar la manufactura de bienes de uso cotidiano.

→ con la formación del Estado y el desarrollo urbano, no todos los aspectos de la economía experimentaron una transformación, ya que la mayoría de las unidades domésticas pequeñas continuaron produciendo sus propios bienes de uso y consumo en forma autónoma. Ello no sólo implica que algunas actividades económicas no estaban sujetas a un control central directo sino también que el sector de la élite junto con las organizaciones rectoras no estaban involucradas en la especialización que se generó en el ámbito de las unidades domésticas de la población común. Por ende, en esta economía sectorial encontramos en un extremo las instituciones urbanas soberanas que trascienden en alto grado en los registros escritos y en los restos arqueológicos monumentales de los complejos públicos; mientras que en el otro extremo figura el ámbito no oficial que abarca a los aldeanos, los nómadas, los artesanos independientes y otros habitantes urbanos de la población "rasa" que son prácticamente invisibles en los documentos cuneiformes. De allí se deduce que las ciudades-Estado sumerias poseían una economía sólo parcialmente centralizada, en la que las instituciones rectoras coexistieron con un sector no oficial de la economía, y donde las primeras controlaban la producción de aquellos bienes que eran apreciados como cruciales para reforzar el poder y asegurar el prestigio social de los miembros de la esfera gubernamental, mientras que los especialistas independientes tanto de las áreas urbanas como de las zonas rurales producían una gran cantidad de bienes y realizaban servicios poco valorados.

→A lo largo del Dinástico Temprano, el templo sólo era una de las grandes organizaciones que competían por el control de recursos vitales al lado de otros grupos de interés con características más seculares, y que funcionaban por medio de un sistema de distribución de raciones.

→En el contexto de la economía mesopotámica temprana y al operar como unidades domésticas separadas, todos estos oikos empleaban una fuerza de trabajo masiva, dependiente, y en alto grado especializada, para cuyo reclutamiento recurrían cada vez más a personas no emparentadas para producir lo que se consumió dentro de éstas. Lo que se generó con la consolidación de la etapa dinástica fue una compleja red de unidades económicas cuyos miembros a menudo tenían intrincadas conexiones y obligaciones hacia más de una unidad doméstica y donde los individuos desempeñan por tanto varias funciones económicas y sociales.

→bajo el tenor de la interpretación actual de la naturaleza de sociedades urbanas y estatales tempranas como la de Mesopotamia, se vislumbra que está se caracterizaban por una organización política y económica no tan monolítica y mucho menos centralizada respecto de lo que sugerían los enfoques integrativos tradicionales. Las instituciones centrales lidiaron con los órganos locales de autoridad a la par que sólo algunos sectores de la economía estuvieron sujetos a una reorganización, dado que el Estado poseía un poder limitado en la imposición de su control político y económico sobre los diversos sectores de la sociedad más amplia, muchos de los cuales parecen haber quedado fuera de la gestión central y siguieron siendo en gran medida autónomos. Si bien al presionar hacia una mayor centralización, las grandes organizaciones que conformaban el Estado sumerio llegaron a impactar cada vez más la autonomía política y económica de los grupos asentados tanto en las zonas urbanas como en las áreas rurales, coexistían diferentes líneas del poder dentro una dinámica de relaciones marcadas por intereses enfrentados. De esta forma, encontramos una estructura económica caracterizada por una organización de la producción dual dentro de la que se realizaban actividades paralelas en los sectores oficiales y los de otros grupos de la sociedad; así se daba un régimen administrado sólo en los rubros como los metales o los textiles que fungieron como importantes bienes de prestigio y de riqueza dentro de la esfera gubernamental de las llamadas grandes organizaciones o oikos en su calidad de unidades domésticas del sector oficial.

Aún así surgió una compleja articulación e interacción entre diferentes sectores de las ciudades-Estados sumerias, en donde los palacios y el sector de la élite gubernamental se incrustaron sobre los dominios de

los templos y de las unidades domésticas de los grupos de parentesco locales, poniendo al descubierto arenas efectivas de conflicto. Lejos de una organización gubernamental omnipresente y totalizadora que se había sugerido en la vieja interpretación del orden teocrático o de un régimen despótico de la constitución urbana de la temprana Mesopotamia, se nos impone la imagen de un paisaje social sumamente heterogéneo, en que si bien los vínculos de parentesco no desaparecieron, se configuraron intrincadas redes de dependencia dentro de arreglos institucionales múltiples que con la consolidación del Estado llevaron a desmembrar cada vez más los grupos locales y a crear nuevos lazos de dependencia en torno a aquellas instituciones urbanas y estatales centrales que caracterizan a la sociedad sumeria durante el Dinástico Temprano.

Trabajo Práctico N°4: La Realeza Sumeria

Sello de la Reina Puabi

la vincula a Innana, con la naturaleza y la fertilidad, se da el festival de la cosecha. También tiene que ver con lo económico.

→ Innana representa la fertilidad, naturaleza, luz. Mito de su descenso, para explicar las estaciones y el tiempo cíclico.

Estela de los Buitres (2500 aprox)

Victoria de Lagash sobre Umma.

Rey de Lagash, Eannatum dice que es un heredero legítimo del trono de Lagash, por eso nombra a su padre y a su abuelo.

El gobernante de Umma era un Ensi (dirige la ciudad estado pero no es lugal, no tiene ese "status").

Política Hegemónica, al final del relato se mencionan varias ciudades contra las que luchó. La hegemonía la detenta el rey, lo menciona para ensalzarse.

Juramentos por los dioses: hay una cultura compartida, no hay conflicto étnico (si luchas limítrofes por la hegemonía)

Algunos dinastas buscan hacer una filiación divina (lo engendra Nirsu y lo alimenta su esposa). Filiación divina: relación de intimidad y dependencia con determinadas deidades. El dinasta siempre fue hombre, sabemos que no era un dios porque lo hieren.

Las reformas de Urukagina

Reforma tributaria de condonación de deudas. es una medida reparadora, no una reforma.

Urukagina detenta el título de lugal, no tiene filiaciones. Cómo es usurpador, hace la reforma para legitimarse. Es el primer gran reformador.

→ no es realmente un transformador porque solo condona deudas, por eso la situación se repite. no se soluciona el problema de fondo.

→ Según fuentes externas, convivió con Lugalanda (anterior dinastía de Lagash), al que le rindió culto hasta 3 años después de su reinado. No hubiese hecho eso si era un usurpador, es decir, que no desciende de la dinastía de Lagash, pero no es usurpador.